

ANIMORPHS



CTAAAGATGATCTTTAGTCCCGGTTTCGAA
TCTTTAGTCCCGGTTGATAACACCAACC
GTAATACCAACCGGGACTAAAGATCCCG
GGGACTAAAGTCCCACCCCTATATATATG

AAAGAGGGGAG
GGAGGTGCCTA
CACCTATGTTTT
AAAATGTGTGT



CAAAATATAAAATAGTTG
AAATATAGAAAACAAACTAAAATGAAAAT
TATTAATAACAAATAGTTTTAAGAATTAT
AATAAAGATCTTATAATTATTGTATGACT

El extraño

ACGGTTTTTTTGACTCATGTAGATGGATC
AGAGTTTATTGACGGCGTGCACTATTTTT
TTTTATTGTTGTCCATGCAATAAGTGTA
TTTCATTCCACTTGTTTGAGTCGGGGT

K. A. Applegate

Lectulandia

Rachel y el resto de los animorphs han encontrado al fin otra entrada al estanque yeerk y han diseñado un plan para colarse en él: se transformarán en cucarachas. Pero estos insectos son un bocado exquisito para los taxxonitas. Esta vez les va a resultar difícil escapar.

Rachel, Cassie, Marco, Jake, Tobías y Ax se verán obligados a elegir entre quedarse en la Tierra y luchar contra los yeerks o trasladarse a vivir a otro planeta.

Lectulandia

K. A. Applegate

El extraño

Animorphs #07

ePub r1.0

Sharadore 26.12.13

Título original: *The Stranger*
K. A. Applegate, Abril 1997
Traducción: Raquel del Pozo
Diseño de portada: Sharadore

Editor digital: Sharadore
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Michael

1

Me llamo Rachel y ya sabéis lo que viene a continuación: no os voy a decir mi apellido ni tampoco dónde vivo, pero os contaré todo cuanto pueda porque debéis saber lo que está pasando.

Los yeerks están aquí, eso es lo que debéis saber. Si los yeerks descubrieran mi identidad me matarían, o algo peor. Tengo que protegerme de ellos y tratar de seguir viva.

La gente observa las estrellas por la noche y se pregunta qué pasaría si alguna vez aterrizaran en la Tierra seres de otro planeta. Bueno, pues podéis dejar de preguntároslo porque ya ha ocurrido.

Los yeerks son parásitos que ocupan el cerebro de otras especies, por ejemplo los humanos, a los que convierten en dóciles esclavos. Cuando en el cerebro de una persona se aloja un yeerk, ésta pierde el control de su cuerpo y mente, y se convierte en un controlador humano, es decir, un humano al servicio de los yeerks.

Así que cuando digo que los extraterrestres están aquí no os imaginéis un ser pequeño y tierno como E.T. Para empezar, es imposible verlos ya que estos gusanos parasitarios, sí, he dicho gusanos, son unos bichos grises y malvados que viven en las cabezas de los humanos, de cualquier humano: tu mejor amiga, tu profesor preferido, el alcalde de tu ciudad, tu hermano, tu hermana, tu madre, tu padre, etc. Cualquiera puede ser un controlador. Así es, incluso tú mismo.

Por eso me niego a revelarte mi apellido y mi dirección, pero el resto es la pura verdad, una verdad que sólo nosotros, los animorphs, conocemos.

«Animorph» significa capaz de transformarse. Un animorph es un humano capaz de adquirir cualquier forma animal. Ésa es precisamente nuestra arma contra los yeerks, nuestro único poder. Sin él sólo seríamos cinco chicos normales y corrientes. Pero esta facultad también supone asumir ciertas responsabilidades que antes no teníamos. Lo comentaba el otro día con mi mejor amiga, Cassie.

Era domingo por la noche, bastante tarde.

Los del circo habían instalado sus tiendas y caravanas en la parte de atrás del enorme estadio de la ciudad, el mismo estadio donde se celebran conciertos de rock, espectáculos de patinaje sobre hielo y partidos de baloncesto. El circo acababa de concluir su último espectáculo.

—Mira, las dos lo hemos visto —le dije a Cassie—. No me digas que no es una vergüenza. ¡No puedo creer que un domador utilice una vara eléctrica con sus elefantes y tú te quedes tan tranquila!

—Eso no es verdad, no soporto que maltraten a los animales, ya lo sabes —replicó Cassie—. Para empezar, ni siquiera me gustan los circos.

—Ni a mi, pero mi padre tenía entradas y hoy nos toca a mí y a mis hermanas

pasar el día con él. No tenía más remedio que venir.

Mi padre nos había invitado a mis hermanas y a mí al circo aquella tarde. Como mis padres están divorciados mi padre organiza estas pequeñas salidas cada dos semanas para estar juntos. A veces sólo vamos mi padre y yo, como cuando hacemos senderismo o vamos a ver algún partido o torneo de gimnasia. Ésas son las cosas que nos gustan a mi padre y a mí, pero no a mis hermanas.

A mis hermanas pequeñas les encanta el circo. Quizás es que ya soy demasiado mayor porque a mí me aburre. Por eso convencí a Cassie para que me acompañara, por lo menos tendría con quien hablar mientras mis hermanas se volvían locas con los payasos y todo lo demás.

Aun así era estupendo estar con mi padre, ya no nos vemos tanto como me gustaría. Todo el mundo dice lo mucho que me parezco a él porque es atrevido y siempre parece muy seguro de sí mismo, como yo, según la gente. A los dos nos encanta la gimnasia. Cuando era joven, mi padre estuvo a punto de formar parte del equipo olímpico americano.

Nunca le he contado nada de mi otra vida. No puedo, aunque me muero de ganas. Estoy segura de que se preocuparía por mí, pero lo comprendería. Mi padre siempre defiende lo que es justo. Creo que admiraría lo que estoy haciendo. Y saber que mi padre me admira es lo que más deseo en este mundo.

Pero volvamos a la noche del circo. No había demasiada actividad en la pequeña ciudad formada por tiendas y caravanas situadas detrás del estadio. Se oían ladridos de perros y de una caravana de colores chillones provenía una risa estridente. Olía a circo, ya sabéis, una mezcla de estiércol, heno, cerveza y algodón dulce.

Los guardias de seguridad vigilaban la zona pero a mí me tenían sin cuidado. Después de haberme enfrentado cuerpo a cuerpo con guerreros hork-bajir, unos seres que miden más de dos metros y que parecen cuchillas andantes, encararme a un humano normal y corriente era un juego de niños.

Cassie y yo pasamos con mucho sigilo junto a la jaula de los tigres. Los tres enormes felinos tenían la mirada perdida. Era de noche y supongo que se acordarían de la jungla desde aquella jaula minúscula donde se encontraban atrapados en una pesadilla inventada por los humanos.

Por fin llegamos al recinto de los elefantes, acotado por un firme cercado que contenía cuatro elefantes asiáticos. Éstos se diferencian en alguna cosa de los africanos que yo tan bien conocía pero, al fin y al cabo, eran elefantes y yo había llegado a desarrollar una relación especial con estos animales.

Aquella tarde, antes de que empezara la función, Cassie y yo nos habíamos acercado hasta el recinto de elefantes y habíamos visto el trato que les daba su domador que, sin ningún reparo, había utilizado una vara propia de ganado, una especie de bastón que despide corriente para controlar al animal.

Después, durante el número, demostró o, mejor dicho, fingió sentir un gran amor por sus elefantes. Pero yo había sido testigo de lo que en verdad ocurría y me moría de rabia. Tenía que intervenir.

El domador se llamaba Joseph no sé qué, un apellido impronunciable. Pues bien, el tal Joseph aún no lo sabía pero estaba a punto de recibir una buena lección.

—¿Ves a alguien? —le pregunté a Cassie.

—Jake te va a leer la cartilla —me previno ella.

—¿Leerme la cartilla? —repetí soltando una carcajada—. Eso es lo que diría mi madre. No sé ni lo que significa.

—Yo tampoco —mi amiga se encogió de hombros y esbozó una tímida sonrisa—. Mi padre lo repite a todas horas. Sólo lo he dicho para impresionar.

—Cassie, voy a hacerlo digas lo que digas —sentencié yo.

—No entiendo cómo he permitido que me metieras en esto —se lamentó mi amiga tras dejar escapar un suspiro.

—Porque sabes que tengo razón.

—Pero no le hagas daño al tipo, ¿vale? —me pidió Cassie poniendo los ojos en blanco.

—¿Yo?, con lo dulce, pacífica y cariñosa que soy... Más le vale no aparecer con esa vara eléctrica porque entonces juro que...

Me di cuenta de que Cassie se había detenido. Me miraba con lástima, como si sintiera vergüenza ajena.

—Vale, vale —me contuve—, sólo hablaré con él, no me mires así, no soporto que me mires así. Desde luego serás una madre perfecta con esa mirada.

Encontré la puerta que daba acceso al recinto de los elefantes, la abrí y me deslicé en el interior mientras Cassie se ocultaba en las sombras para vigilar. Me movía muy despacio, evitando cualquier gesto brusco que alarmara a los animales. Los elefantes son dóciles pero también muy grandes y no creo que a nadie le gustase estar en medio de cuatro elefantes enfadados.

Me oculté en un rincón oscuro y alejado de los animales para iniciar el conocido ritual de concentración. Pensé en el elefante, en mi elefante, en ése cuyo ADN formaba parte de mí. Al rato, empecé a experimentar los primeros cambios.

2

La gente dice que soy guapa. Yo no estoy tan segura y además no me importa, pero os digo una cosa, aquellos que me han visto transformarme en elefante jamás han utilizado la palabra «guapa» para describirme.

Sentí que mis piernas y brazos crecían, y vi cómo mi piel se tornaba de un gris parecido al barro y adquiriría el tacto del cuero. La nariz y el labio superior se proyectaron hacia delante y, de repente, apareció la trompa.

—¡Pinocho se moriría de envidia! —susurró Cassie.

Mis dientes se juntaron en la parte delantera de la boca hasta formar dos colmillo de marfil, largos como lanzas.

¡Qué sensación tan horripilante! Aunque no dolía, daba grima.

Mi cuerpo aumentó de tamaño hasta pesar cientos de kilos.

Medía casi cuatro metros. Mis orejas parecían toallas de playa y me había salido un rabito un tanto ridículo. Me había convertido en un elefante africano adulto dispuesto a... digamos, intercambiar unas palabras con el tal Joseph.

—¡Gruuuuuuooooooooonnnn! —levanté la troma y dejé escapar un trompetazo. Estaba furiosa.

—Podías haber avisado —oí que se quejaba Cassie—. Casi me hago pis encima.

El domador llegó enseguida y entró en el recinto. Como era de noche, el hombre sólo veía unas manchas oscuras. Yo no intenté esconderme porque lo cierto es que, seamos sinceros, un elefante, por mucho que haga, nunca puede parecer pequeño. Lo que sí hice fue permanecer inmóvil hasta que el hombre estuvo dentro del recinto.

Entonces... me lancé hacia él apartando de mi camino a dos elefantes.

—¿Qué demonios...? —exclamó boquiabierto el domador al verme.

En un santiamén y mientras me miraba confundido, le rodeé la cintura con la trompa.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Tú no eres uno de mis elefantes!

Las trompas de estos animales son geniales porque tan pronto levantan un huevo sin romperlo como arrancan un árbol y lo lanzan bien lejos. El tal Joseph lo sabía.

Lo sujeté fuerte por la cintura y lo elevé por los aires. Sus pies no cesaban de patalear y la emprendió con mi trompa a puñetazo limpio sin éxito.

Lo alcé hasta situarlo a la altura de mis ojos.

<Hola, Joseph>, le saludé por telepatía.

—Pero ¿qué demonios...? ¿Quién ha dicho eso? ¡Oigo voces!

<Soy yo —repuse—. Yo lo he dicho. Verás, Joseph, soy de la Policía Internacional de Elefantes y hemos recibido varias quejas sobre ti.>

—¡Me he vuelto loco! ¡Me estoy volviendo loco! ¿Qué demonios eres? Será una broma, ¿no?

Entonces le apreté un poco más, lo justo para que le costara trabajo respirar.

<Ahora escúchame, o de lo contrario te estrujaré como a un tubo de pasta dentífrica, así que presta mucha atención. Has estado utilizando varas eléctricas para controlar a los elefantes y eso no está bien.>

—Pero... —tragó saliva—, ¡esos elefantes son... de mi... propiedad!

Como veía que el tipo aquel no se enteraba, estiré la trompa y lo acerqué a la punta de uno de mis colmillos. Parecía un gusano a punto de ser insertado en el anzuelo.

<Un solo movimiento de mi trompa sería suficiente para convertirte en pincho moruno. ¿Me vas a escuchar?>

—¡Sí, sí! ¡Te escucho! —gritó—. Habla, de verdad, te estoy escuchando.

<Se acabaron las varas eléctricas y cualquier otro método que produzca dolor. ¿Me has entendido?>

—S-s-sí

<Joseph, ¿sabes volar?>

—¿Qué? ¿Que si sé volar? Pues claro que no.

<Seguro que sí>, dije, y a continuación bajé la trompa casi hasta rozar el suelo y con un movimiento lo lancé por los aires.

Aterrizó a salvo en lo alto de una tienda a unos, vaya, seis metros de distancia.

—¿Nos podemos ir ya? —preguntó Cassie.

3

—¿Que lo lanzaste por los aires? —preguntó Jake—. ¿No te parece que te pasaste un poco?

—Pues no, el tipo ese me sacó de quicio —repuse.

Era al día siguiente del famoso episodio, un lunes. Después del colegio, Cassie, Jake, Marco, Tobías y yo nos habíamos ido a dar un paseo por el bosque.

Tobías nos seguía volando, nuestro amigo se había quedado atrapado en el cuerpo de un ratonero de cola roja. Iba dando saltitos de rama en rama para permanecer cerca de nosotros y oír lo que decíamos.

Aunque los ratoneros de cola roja en general tienen un oído excelente, Tobías tenía que mantenerse bastante cerca.

—Mira, Rachel, yo te comprendo, ya lo sabes —añadió Jake con suavidad—, pero no creo que nuestra misión consista en acabar con todos los abusos que se cometen contra los animales. Por desgracia, ése sería un trabajo a tiempo completo.

Cassie me guiñó un ojo, no le habíamos dicho a Jake que ella también había estado presente. Cassie y Jake se gustan, y ella no quería que Jake se enfadara. Conmigo es diferente porque todos saben que de todas formas voy a hacer lo que me dé la gana.

—Hay otros asuntos que solucionar, ¿no? —gruñó Marco—. No creo que el andalita nos concediera el poder de transformarnos con el fin de formar la Asociación de Animorphs para la Protección de los Animales.

—Está bien —repliqué, lo cual no significaba que admitía haberme equivocado—. Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado para que estés tan serio?

—Cuando encontremos a Ax os lo contaré, no quiero tener que repetirlo —contestó Marco.

Así que continuamos nuestro ruidoso paseo por el bosque. Sentí una punzada de emoción. Era imposible no percibir la tensión en la voz de Marco. Algo ocurría, se oía en el ambiente y eso sólo podía significar acción.

Me gusta la acción. Prefiero hacer cosas a hablar de ellas. Marco se burla de mí por eso y me llama Xena, la princesa guerrera.

Pero no soy una de esas idiotas que se mete en líos sólo para conocer el peligro. Lo mío no son tonterías, sino problemas de verdad. Lo que quiero decir es que, por cursi que parezca, intentamos salvar el mundo, ni más ni menos.

Todo empezó hace unos meses. Los cinco habíamos quedado un poco por casualidad en el centro comercial. Antes no salíamos juntos, pero después de lo que sucedió esa noche nos hemos vuelto inseparables.

Jake es mi primo y sin embargo apenas nos veíamos fuera de clase. Él es un poco el que lleva las riendas del grupo, aunque no el haga demasiada gracia, y es que es

muy responsable. Siempre que hay algún problema él es la persona a la que todos automáticamente nos dirigimos. Es lo mejor de Jake: sabe decir a la gente lo que tiene que hacer sin imponerse.

—¿Desde cuándo no te gusta repetirte, Marco? —se burló Jake—. A mí me has explicado los mismos chistes mil veces, y mira que son malos.

—Es culpa tuya —contestó Marco—, si consiguieras reírte la primera vez que los cuento no tendría que repetirlos.

Marco es el mejor amigo de Jake. Es bastante bajo, moreno, y más divertido y escéptico que mi primo. De hecho, es bastante desconfiado, aunque eso le ayuda a ver siempre más allá de las apariencias. Y por mucho que se quede y reniegue de todos los peligros en los que nos metemos, siempre está en primera línea diciendo tonterías, típico de él.

De todas formas, Marco ha cambiado últimamente, aunque poco. Por lo menos ya no odia tanto ser un animorph como antes. No sé la razón, tal vez sea debido a que su padre empieza a superar la muerte de su esposa. No lo sé.

—¡Eh, mirad! ¡Allí, junto a ese árbol! ¿Lo veis? Un cachorro de mofeta con su madre.

¿Quién había dicho eso? Cassie, claro. Nadie más le daría tanta importancia a un par de mofetas, y mucho menos se emocionaría.

—Eso, ¡vamos a acariciarlas! —se burló Marco.

—Pues yo he tenido mofetas en las manos un montón de veces y a mí nunca me han rociado —se rió Cassie.

—Eso tú, doctora Cousteau.

Cassie es mi mejor amiga desde hace mucho tiempo. La verdad es que no me lo explico, ni yo ni nadie, porque somos totalmente distintas. Cassie vive en una granja. Sus padres son veterinarios. Mi amiga pasa la mayor parte de su tiempo libre en la Clínica de Rehabilitación de la Fauna Salvaje que su padre ha montado en el granero, donde curan a animales heridos.

A Cassie le fascinan los animales, pero no es la típica histérica que los prefiere a las personas. Para ella los humanos son otra especie animal diferente.

Después está Tobías. Cuando todo esto empezó, Tobías era tan sólo un conocido de Jake y Marco, aunque yo ya lo tenía visto. Era un chico muy dulce, muy sensible, el tipo de chico con el que los matones de turno se suelen meter. Siempre iba despeinado y tenía un aire soñador, como si sus ojos vieran cosas que los demás no alcanzan ni siquiera a imaginar.

Eso era antes... porque ahora la expresión de sus ojos es fiera y severa y cuando miran te atraviesan como un rayo láser. Tiene el cuerpo cubierto de plumas marrones, el pecho blanco, la cola roja, unas garras aterradoras y un temible pico curvado.

Tobías se ha quedado atrapado en ese cuerpo, ahora es un ratonero de cola roja,

una rapaz que se alimenta de ratones, conejos y algún que otro pájaro.

Para mí siempre será el mismo chico dulce y cariñoso de antes, pero hace ya tiempo que es un ratonero.

El arma defensiva que nos brindó el andalita, la capacidad de cambiar de forma, es fantástica pero, como toda arma, puede destruir a quien la utiliza.

<¡Ahí viene! —anunció Tobías por telepatía, que es el método que utilizamos para comunicarnos cuando nos hemos transformado—, creo que nos visto.>

Se oyó un revuelo de hojas caídas y, seguidamente, un ligero repiqueteo de cascos de caballo sobre la pinaza que cubría el suelo del bosque. Saltó por encima de un tronco caído y se plantó delante de nosotros, a tan sólo un par de metros.

Se trataba de Aximili-Esgarrouth-Isthill, para nosotros, Ax. Era el único superviviente de la nave cúpula andalita destruida y era el único andalita existente en el planeta Tierra.

Ax es el hermano del príncipe Elfangor, el andalita que nos previno contra la invasión de los yeerks y nos concedió el poder de transformarnos justo antes de ser destruido por el malvado Visser Tres, que lidera el ejército yeerk en nuestro planeta.

<Hola, príncipe Jake —saludó Ax—, hola a todos.>

Por mucho que conozca a Ax, a quien incluso considero mi amigo, nunca llegaré a acostumbrarme a su aspecto.

Parece el resultado del cruce entre un humano, un ciervo y un escorpión, aunque no exactamente. Es difícil describirlo.

La parte superior de su cuerpo y la cabeza son casi humanas. Tiene los brazos delgados y unas manos con muchos dedos. Su rostro es plano y en él se destacan un par de ranuras que hacen la función de nariz, y dos ojos rasgados de gran tamaño. No tiene boca, por eso utiliza la comunicación telepática, el lenguaje natural de los andalitas.

De la cabeza le brotan dos antenas en cuyos extremos sobresalen unos ojos adicionales capaces de moverse en todas direcciones y por completo independientes de los ojos principales.

Su cuerpo es como el de un ciervo o un poni delgado, sólo que de color azul claro. Se sostiene sobre cuatro patas con sus correspondientes pezuñas, pero su espalda, o lomo, está inclinada, así que mejor no caigas en la tentación de montar en él como si fuera un caballo.

Por último está la cola: poderosa, gruesa y larga, y rematada en una temible hoja mortal en forma de guadaña. Le he visto usarla y lo hace con tanta rapidez que sólo alcanzas a distinguir la estela que deja al chasquearla.

—Hola, Ax —saludó Marco—, ¿cómo te va?

<Fenomenal. Ayer estaba en lo alto de la montaña cuando fui atacado por uno de esos gatos enormes. ¿Cómo los llamáis? ¿Puma? Fue muy emocionante.>

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

<Pues claro Rachel —dijo—. Y además no hice daño al puma, Cassie, bueno, nada grave, eso sí, estoy seguro de que se le han quitado para siempre las ganas de cazarme. Ax sonrió a la manera de los andalitas, sin boca.>

—Es lo que yo digo, Ax y Rachel están hechos el uno para el otro —comentó Marco poniendo los ojos en blanco—. Estáis locos. ¿Cómo os gustaría celebrar vuestra boda? ¿Haciendo puenting sobre un volcán activo, quizás?

Me molestó un poco su comentario, no porque me importe que Marco me considere una incosciente, sino porque a mí no me interesa Ax en absoluto, al menos de esa forma.

—Bien, y ahora que estamos todos, Marco, ¿te importaría explicarnos por qué estamos aquí? —dijo Jake.

—Tengo novedades —empezó Marco—, bueno, mejor dicho, Tobías y yo tenemos novedades.

Observé a Tobías posado en el árbol que, por supuesto, no mostraba expresión alguna, aparte de su mirada fija y penetrante sobre Marco.

—Es una historia de tesón, coraje y astucia —fanfarroneó Marco mientras nosotros formábamos un círculo a su alrededor.

—Vale, vale, al grano, Marco, al grano —le interrumpí impaciente—. Deja el suspense para luego.

—Muy bien —respondió con una risa burlona—, mis queridos animorphs... extraterrestre visitante... hemos encontrado una entrada al estanque yeerk.

—¿Una entrada al estanque yeerk? —repetí yo—, ¿dónde? ¿Cómo?

Miré a mis amigos para ver sus reacciones. No era la primer vez que lo intentábamos, ya habíamos ido antes al estanque yeerk para intentar salvar a Tom, el hermano de Jake, y no guardábamos muy buen recuerdo que digamos. Vi cómo Cassie se estremecía.

—Ax es el único que no vino de excursión con nosotros al estanque yeerk —recordó Marco—. Como muy bien sabéis los demás, el estanque es una enorme caverna bajo tierra. Prácticamente una ciudad en pequeño, situada debajo de nuestro colegio, aunque abarca el parque de bomberos, un par de gasolineras y la mayor parte del centro comercial.

<Por regla general, los estanques yeerk son de grandes dimensiones y muy sofisticados —corroboró Ax—, puesto que forman parte importante de la vida yeerk, que en realidad gira en torno a ellos. Los estanques son para los yeerks lo que los bosques y las praderas para los andalitas.>

—Tobías y yo hemos llevado a cabo un plan de vigilancia —continuó Marco—. Durante toda la semana pasada vigilamos a nuestro controlador humano preferido, el mismísimo subdirector Chapman, y le hemos seguido a todas partes. Tobías lo controlaba desde el cielo y yo hacía lo propio cuando el tipo entraba en el interior de un edificio.

—¿Por qué no nos avisaste para que te ayudáramos? —protesté.

—Pues porque era un trabajo para dos —respondió Marco encogiéndose de hombros.

Creo que a Jake le sentó tan mal como a mí. Pero en seguida me di cuenta de por qué Marco no nos lo había dicho. Jake acababa de sufrir la terrible experiencia de ser dominado por un yeerk. Durante tres largos días había sido un controlado humano, un prisionero dentro de su propio cuerpo, con uno de esos asquerosos gusanos instalado en su cerebro. Por eso Marco había preferido dejarle.

—¿Entonces? —pregunté, un poco más calmada.

—Entonces, ¿qué? —respondió Marco.

—¿Cómo que qué? ¿Dónde está la entrada, bobo?

—Vaya, quería maravillaros a todos contándoos nuestra apasionante experiencia como detectives, pero ya veo que no os interesa... está en uno de los probadores de The Gap, ya sabéis, esa tienda de ropa del centro comercial. Ahí es donde está. La gente entra a probarse ropa y luego no salen.

<Al menos no por la tienda —puntualizó Tobías— sino por la sala de cine. Cuando los espectadores abandonan la sala al final de cada proyección, siempre salen más de los que han entrado.>

—Entran por The Gap y salen por los multicines —se burló Marco—. Eso es lo que se dice conocer a fondo las costumbres de los americanos.

—Bien hecho, chicos —admitió Jake de mala gana—. La pregunta es: ¿y ahora qué hacemos?

<¡Atacar!>, sugirió Ax de inmediato.

—Ya lo intentamos una vez —observó Cassie con calma— y no fue un éxito precisamente. Allá abajo había docenas de hork-bajir y de taxxonitas, además de controladores humanos y... Visser Tres. Fue entonces cuando Tobías se quedó atrapado en su cuerpo de ratonero. Insisto, no fue un éxito que digamos.

—Nos machacaron, Ax —añadí— y ya sabes que yo siempre estoy lista para entrar en acción, pero el estanque yeerk es demasiado grande.

<Un guerrero se juzga por el poder de sus enemigos>, insistió Ax tozudo, aunque ya no sonaba tan entusiasmado como antes.

—El ataque al estanque queda descartado —murmuré. Se me estaba ocurriendo algo mejor—. Ax, ¿qué sabes sobre la kandrona?

El andalita volvió la cabeza hacia mí, mientras sus ojos giratorios no cesaban de moverse de un lado a otro vigilando la zona.

<La kandrona es una versión en miniatura del sol del planeta yeerk. Emite rayos kandrona que se concentran en los estanques y que son el alimento de los yeerks, por eso tienen que abandonar a sus portadores temporalmente y sumergirse en sus aguas cada tres días. En resumen, sin los rayos kandrona no sobrevivirían.>

—Entonces su punto débil no es el estanque en sí, sino la kandrona de la que hablas —observé—, es decir ese sol en miniatura.

<En efecto, pero la kandrona puede encontrarse a miles de kilómetros de distancia del estanque —explicó Ax—. Los rayos kandrona pueden ser emitidos desde cualquier parte, así que, aunque estoy a favor de atacar el estanque yeerk, no podemos esperar encontrar la kandrona ahí abajo.>

—Muy bien —añadí—, pero no tenemos por qué atacar, podemos limitarnos a espiar ¿no? Tal vez así averigüemos dónde se encuentra la kandrona.

—Ésa es la Rachel que yo conozco —se rió Marco—, empezabas a preocuparme.

—¿Cuánto puede medir la kandrona? —preguntó Jake.

<Depende del número de estanques que abastezca. Podría ser tan grande como el granero de Cassie o tener el tamaño de uno de vuestros coches.>

—¿El tamaño de un coche? Apuesto a que una pandilla de chicos americanos como nosotros no tendría problemas para destrozar un coche —bromeó Marco.

—Lo importante es saber el daño que les ocasionaríamos a los yeerks —observé—. La cuestión es si merece la pena arriesgarnos a bajar al estanque yeerk.

Todos miramos a Ax.

<Depende. Si tienen una kandrona de repuesto no serviría de mucho. De

cualquier forma tienen una en la nave nodriza, así que no acabaríamos con ellos del todo.>

Nos sentíamos frustrados.

<Sin embargo, dudo mucho que los yeerks envíen una y otra vez a sus controladores humanos a la nave nodriza para mantenerlos vivos. No resultaría demasiado práctico.>

—Y entonces, ¿qué crees que harían? —preguntó Marco—, ¿cómo reaccionaría Visser Tres?

—Visser Tres es una bestia despiadada —contesté—. Intentaría salvar a unos cuantos pero dejaría morir al resto.

<En efecto —corroboró Ax—. Sería un buen golpe, sobrevivirían, sí, pero su fuerza se habría debilitado mucho.>

—Lo primero que tenemos que hacer es encontrar la dichosa kandrona —recordó Cassie— y esté donde esté seguro que la tienen bien vigilada.

Supongo que en ese momento todos supimos que lo íbamos a hacer. Una vez más íbamos a bajar al estanque yeerk.

—Otra vez allí —comentó Jake negando con la cabeza lentamente—. Todavía tengo pesadillas.

—Sí —añadió Marco—, yo también.

—El estanque yeerk —dijo Cassie muy seria, y apartó la mirada.

Yo no articulé palabra, no me gusta hablar de pesadillas y eso que también las sufría, unas pesadillas terribles.

<No entiendo muy bien las emociones humanas —apuntó Ax— pero parecéis tener miedo y estáis empezando a contagiarme.>

—Estupendo —repliqué—. No sé si los andalitas creéis en cosas como el cielo o el infierno pero, te puedo asegurar que el estanque yeerk no es precisamente el cielo.

—¿Qué hay de cenar? —le pregunté a mi madre tan pronto como llegué a casa. El paseo por el bosque me había abierto el apetito. Siempre que estoy fuera de casa me pasa lo mismo.

También se me abre el apetito cuando tengo miedo. No podía apartar de mi cabeza la imagen del estanque yeerk y de aquellas celdas donde encerraban a los portadores involuntarios, tanto humanos como hork-bajir, libres temporalmente de sus parásitos yeerks.

Todavía podía oír sus gritos aterradores. Muchos lloraban a la espera de ser infestados de nuevo, otros gritaban y algunos pedían compasión, o algo peor.

Mi madre estaba en la cocina, iba más arreglada de lo normal para ser un día cualquiera por la tarde. Estaba comiendo unos Doritos y tenía la mirada perdida en el vacío.

—¿Mamá? ¿Hola?

—Ah, hola, cariño —me miró como si no se hubiera percatado de mi presencia.

—¿Qué hay de cenar? Estoy muerta de hambre.

—Tu padre viene a cenar esta noche y ha dicho que ya traería él algo.

Sentí una punzada de dolor en el estómago, algo no iba bien. Desde que se divorciaron, mi padre no había venido a cenar. Mis dos hermanas y yo solemos pasar todo un fin de semana con él en su casa de la ciudad, además de las salidas que organizamos cada quince días. Pero jamás venía a cenar.

—¿Qué ocurre? —pregunté. De repente se me quitó el apetito.

—Vuestro padre quiere deciros algo importante —contestó mi madre sin poder disimular un gesto de preocupación—. Se suponía que os lo iba a decir el otro día en el circo pero, al parecer, se le olvidó.

Por la forma en que lo dijo estaba claro que mi madre no se lo creía.

—Mamá —insistí y la agarré del brazo—, ya sabes que no me gusta el suspense, así que...

Se oyó el timbre de la puerta y seguidamente Sara bajando las escaleras a toda velocidad.

—¡No bajes las escaleras corriendo! ¡Te vas a romper la cabeza! —gritó Jordan.

Hablaba imitando a mi madre, lo cual casi nos hace reír a las dos.

—Ése es tu padre.

Fui hasta la puerta. Sara se había lanzado a los brazos de mi padre y Jordan revoloteaba a su alrededor. En cuando me acerqué, Jordan me echó una mirada inquisitiva. A diferencia de Sara, Jordan ya era lo bastante mayor como para darse cuenta de que algo pasaba.

Yo me encogí de hombros y negué con la cabeza.

—¡Rachel! —exclamó mi padre—. ¿Cómo está mi princesa? Ven y sujeta esta bolsa, es la cena. Esta noche tenemos comida tailandesa. He traído un poco de todo: curry, pad tailandés, pollo satay y unos camarones deliciosos que tienen un nombre muy raro.

Me pasó la bolsa de papel. A mí todo aquello me daba mala espina porque mi padre estaba de muy buen humor, incluso demasiado.

Mi padre trabaja como periodista para un canal de televisión local. Aparte de hacer periodismo de investigación, dirige los informativos del fin de semana. Siempre viste ropa elegante y va muy bien peinado, además hasta en pleno invierno luce un moreno envidiable.

Llevé la bolsa al comedor y empecé a abrir las cajas blancas que contenían la comida tailandesa.

—Hola, Dan —saludó mi madre al entrar en el comedor con platos y cubiertos.

—Naomi —respondió—, ¿cómo va todo?

Incluso Sara se había percatado de aquélla no iba a ser una velada feliz.

Empezamos a comer mientras nos esforzábamos por encontrar un tema de conversación, hasta que mi madre dijo por fin:

—Dan, ¿por qué no se lo dices de una vez?

Mi padre se puso hasta rojo y me lanzó una sonrisa angelical, como cuando pillas a un niño haciendo algo malo.

—Muy bien —comenzó. Se aclaró la garganta y se enderezó en la silla, listo para aparecer ante las cámaras y transmitir las noticias de la noche—. Chicas, tengo algo que deciros. Me han ofrecido un puesto de trabajo mucho mejor que el de ahora. No sólo llevaría los informativos del fin de semana, sino también los de las seis y los de las once, y hasta tendría la oportunidad de dirigir emisiones especiales. Las perspectivas son buenas y estoy muy ilusionado: por fin podré dedicarme al periodismo con la intensidad que deseaba.

Jordan me miró, confundida. Realmente parecían buenas noticias.

—Sólo hay una pega —prosiguió mi padre—, y es que el trabajo es fuera de la ciudad, lo que significaría que me tendría que trasladar.

—¿A dónde? —preguntó Sara— ¿A otro piso?

—A otra ciudad, cariño —la corrigió mi padre con una sonrisa forzada—, a otro Estado.

—A dos mil kilómetros de aquí —añadió mi madre.

Es curioso cómo funciona la mente. Desde que soy un animorph he pasado por cosas mucho peores: he experimentado más miedo, dolor y preocupación que cualquier persona en toda su vida. Por eso lo más lógico hubiera sido que llevara bien el hecho de que mi padre se trasladara tan lejos de casa... A dos mil kilómetros.

—Enhorabuena —le felicité intentando ocultar mis sentimientos—, es lo que

siempre habías querido.

Pero mi padre no era tonto y sabía que la noticia me había afectado profundamente.

—Es mi trabajo, Rachel, y me temo que no puede ser de otra forma. Pero eso no significa que no vayamos a vernos. Aunque al principio pueda parecer que vamos a estar lejísimos, para algo existen los aviones, ¿no?

—Ya —repuse—, para algo existen los aviones. Bueno, será mejor que suba a mi cuarto a hacer los deberes.

—Espera, quiero... —protestó mi padre.

No di ningún portazo al salir ni lancé objetos por el aire, tan sólo abandoné el comedor.

«Así sabrá lo que es que te dejen tirado —me dije—, lo que se siente cuando te abandonan».

Subí a mi habitación y cerré la puerta. Me costaba trabajo respirar. Apretaba los puños como si quisiera estrujar algo. Habría llorado, pero estaba demasiado enfadada incluso para eso.

—¿Rachel? —era él. Llamó a la puerta con suavidad—. ¿Puedo entrar?

No podía negarme o se daría cuenta de que estaba furiosa.

—Claro, pasa.

—Me parece que estás un poco enfadada conmigo —dijo en cuanto entró.

Me encogí de hombros y le di la espalda.

—Ya veo. Rachel, tenía más cosas que decirte, pero no me has dejado terminar. Verás... Jordan y Sara son demasiado pequeñas para considerar esta posibilidad pero tú ya eres mayor y, al contrario que tus hermanas, sabes muy bien cómo cuidar de ti misma cuando yo me quedo a trabajar hasta tarde, y... bueno, verás... he hablado con tu madre y, aunque a ella no le hace mucha gracia la idea, dice que eres tú la que debe decidir.

—¿Qué es lo que tengo que decidir, si se puede saber? —pregunté y me di la vuelta.

—A ver si me explico —prosiguió con una sonrisa insegura—. Carla Belnikoff enseña en la ciudad a la que yo me traslado y ya sabes que sólo admite tres o cuatro jóvenes promesas de la gimnasia cada año. Si tú quisieras...en fin, a mí me harías el hombre más feliz del mundo si te vinieras a vivir conmigo.

Estuve a punto de pedirle que me lo repitiera, no daba crédito a mis oídos. Las gimnastas de la entrenadora Belnikoff habían conseguido dos medallas de oro y un montón de plata.

—Papá, Carla Belnikoff nunca me aceptaría como alumna suya. Sólo entrena a gente con un nivel muy profesional. Yo soy demasiado alta y ni siquiera lo bastante buena... además, ¿me estás pidiendo que me traslade y que deje a mamá, a Sara y a

Jordan?

—Tú decides —replicó mi padre—, pero te equivocas con respecto a Belnikoff. Tienes talento y si eso es lo que quieres hacer, si quieres dedicar tu vida a la gimnasia, sé positivamente que no tendrías ningún problema.

—Papá —añadí moviendo la cabeza para intentar aclarar mi confusión—, ¿me estás pidiendo que me vaya contigo cuando te traslades?

—Sí, ya sé que sería muy difícil para ti dejar aquí a tu madre y a tus hermanas, pero sé que funcionaría. Con mi nuevo trabajo voy a ganar mucho dinero así que podrías volar a casa siempre que quisieras, todos los fines de semana incluso.

¿Estaba hablando en serio? Todo aquello sonaba un poco ridículo. Me senté en el borde de la cama. Pensaba en tantas cosas al a vez que la cabeza me daba vueltas. ¿Irme? ¿Dejar a mi madre y a mis dos hermanas?

Y todo esto porque mi padre se sentía culpable por dejarnos. En realidad no era otra cosa sino lástima lo que le movía a decir aquello. Supongo que yo le daba pena o algo así.

—Ya sé que eso supondría cambiar de colegio —continuó—, pero ¿qué más da, Rachel? ¡Estoy seguro de que todo saldrá bien! Además allí tienen montañas de verdad y podríamos ir a escalar los fines de semana o a hacer senderismo que, por cierto, se practica mucho allí. Necesitaré un acompañante para ir a ver los partidos, como en los viejos tiempos —me recordó guiñándome un ojo—. Y lo mejor de todo, con lo grande que es esa ciudad, imagínate la cantidad de compras que podrías hacer.

Entonces me di cuenta de que no era lástima lo único que mi padre sentía. Creo que se encontraba solo y no le gustaba la idea de verse en su nueva ciudad sin compañía.

—¡Pues vaya! —exclamé—. No sé qué contestar.

—No tienes que decidirlo ahora —añadió mi padre moviendo la cabeza—. No quiero que tomes una decisión precipitada. Habla con tu madre y también con Jordan y Sara. Piénsalo con calma. Estoy seguro de que lo pasaríamos en grande... ya sabes, te echo mucho de menos, cariño. Nos lo pasamos tan bien metiéndonos con los árbitros en los partidos de béisbol, ¿verdad? Y haciendo senderismo, ¿recuerdas la última vez que nos perdimos?

—Claro que me acuerdo —contesté—, pero tengo que pensarlo.

Me hubiera gustado decirle: «Papá, no lo entiendes, no se trata sólo de mamá y de mis hermanas. Tengo un compromiso, papá, tengo que volver al estanque yeerk. Mis amigos cuentan conmigo. Soy Xena, la princesa guerrera... y tengo que bajar ahí abajo... al último lugar del mundo adonde querría ir».

—Tengo que pensarlo —repetí.

—Ya, bueno, de todas formas yo ya me iba.

—Gracias, papá —dije.

—Te quiero, Rachel.

Ojalá no hubiera dicho eso, toda mi entereza se vino abajo y empecé a llorar.

6

Cuando mi padre se fue, mantuve una pequeña conversación con mi madre. Me dijo lo que yo me esperaba, que ella prefería que me quedara pero que era yo la que debía decidir. Mi madre confiaba plenamente en mí.

Yo decidía... ¡Fantástico! O hacía daño a mi madre y a mis hermanas o se lo hacía a mi padre. Perfecto, esto del divorcio es muy divertido, ¿verdad?

Me acosté sin poder conciliar el sueño. Miraba fijamente el techo mientras mi mente no descansaba, como un ordenador que no puedes desconectar. Había demasiadas cosas en juego, mi padre, mi madre y, lo más importante de todo y que no me atrevía ni a considerar: mis amigos, los animorphs, la guerra contra los yeerks.

Al final decidí ir a dar una vuelta, tenía que salir de mi habitación y respirar un poco de aire fresco, me sentía agobiada entre aquellas cuatro paredes.

Salté de la cama y abrí la ventana de par en par. Me quité la camiseta de dormir y me puse el maillot que normalmente llevo debajo de la ropa. El uniforme de las transformaciones.

Ya no podía más. Necesitaba espacio para evadirme y no pensar en mi padre ni en decisiones.

Me concentré, sólo sería un momento. Enseguida mis manos se convirtieron en plumas y los dedos de mis pies se curvaron hasta formar garras.

Supongo que cualquier niño tiene momentos en los que desearía desaparecer y yo, por suerte, tenía la posibilidad de hacerlo porque era capaz de convertirme en un ser diferente.

Me lancé a la noche oscura y volé en absoluto silencio. EL viento no me erizó ni una sola pluma. La luna, tan sólo una pincelada en el horizonte, estaba muy baja. Las nubes bloqueaban la luz de las estrellas en lo alto. Los campos de hierba que se extendían por debajo de mí habrían sido sólo sombras para unos ojos humanos. Pero mi ojos no eran humanos. Eran unos ojos tan grandes que casi me ocupaban todo el rostros y que veían en la oscuridad como si fuese pleno día. Distinguía cada brizna de hierba y hasta las hormigas que correteaban por debajo de ella.

Mi oído era tan fino que a una distancia de veinte metros captaba el movimiento de una ratón en una rama o el aleteo de un gorrión saltando de árbol en árbol.

Me había transformado en un búho de Virginia, el asesino nocturno, el depredador de la oscuridad. Descendí un poco, cada vez más cerca del suelo. La mente del gran búho buscaba una presa. Pasaron infinidad de alimañas: ratones, musarañas, topillos y toda clase de pequeños pájaros.

Para el búho sólo eran comida. Podría descender con sigilo, acercarme a una rata o a un conejo, extender mis garras y lanzarme en un ataque mortífero hasta reventar al animal y... «basta, no», me dije, yo no era como Tobías. Él no tenía otra opción, se

había convertido en un ave rapaz para el resto de su vida. Yo, en cambio, podía elegir.

Igual que mi padre, si él no hubiera elegido trasladarse de ciudad, yo no estaría entre la espada y la pared. Tal vez si mi padre supiera lo que estaba ocurriendo... no me haría esto. Estoy segura de que entendería que mi sitio está aquí porque formo parte de una misión muy importante: salvar la Tierra.

Pero no se lo podía contar. Incluso mi padre podría ser uno de ellos. Eso es lo que pasa una vez sabes lo de los yeerks: cada vez que miras a alguien te preguntas qué tendrá dentro del cerebro. Aunque imagino que si mi padre fuese un controlador lo habría notado.

La verdad es que mi padre y yo siempre nos hemos llevado muy bien. Desde que tengo uso de razón, hemos estado juntos en todo. Recuerdo una fotografía en la que yo tengo tres años y estoy subida en la barra de equilibrio con la ayuda de mi padre que sonrío a la cámara de oreja a oreja. Me encanta esa foto (aunque en ella llevo un uniforme horrible) y por eso la tengo sobre el escritorio de mi habitación.

Cuando mi madre estaba embarazada de Sara, mi hermana pequeña, oí una conversación que mantenían mis padres:

—Quizás esta vez sea niño —le comentó mi madre a mi padre—. Siempre has querido tener un niño.

—¡Qué va! —respondió él—. Eso era antes. Entonces pensaba que podría compartir todas las cosas que me gustan mejor con un hijo, pero ahora tengo a Rachel que vale tanto como cualquier chico. Ya casi es más fuerte que la mayoría de los niños de su edad. ¿Has visto qué saltos da?

—No digas eso delante de ella —le regañó mi madre—. A las niñas pequeñas no les hace gracia verse comparadas con un chico.

Se equivocaba. Sé que puede parecer machista, pero a mí me encantó que pensara eso de mí. Mi padre creía que yo era tan fuerte como un chico. ¡Fantástico!

«Si me viera ahora», pensé.

¿Cómo pretendía mi padre que tomara una decisión? No podía abandonar a mis amigos, ni hablar. Ellos contaban conmigo para volver a aquel maldito estanque y también confiaban en mi valor y en mi fuerza. Ésa era la imagen que tenían de mí, una chica fuerte y valiente.

Y si yo era tan fuerte y valiente, ¿por qué de pronto deseaba una vida nueva por completo, sin yeerks ni guerras? ¿Por qué trataba de imaginar lo que sería recibir clases de gimnasia, o ir a los partidos de béisbol con mi padre; verme en la obligación de volver a ese infierno de gritos y desesperación que era el estanque yeerk?

Si yo era tan valiente, tan fuerte, ¿cómo podía pensar en llevar una vida normal?

Volé hacia el territorio de Tobías, que por la noche estaba dominado por un búho de Virginia verdadero al que no creo que le hiciera demasiada gracia tenerme cerca.

Conocía el árbol donde solía dormir Tobías y, en efecto, allí estaba. Dejé de batir las alas y me acerqué planeando. Cuando las ensanchaba para posarme, Tobías me vio.

<Tranquilo, tranquilo, ¡soy yo, Rachel!>

<¡Caray! ¡Casi me da un ataque al corazón!>

<Perdona.>

<¿Perdona? —repitió muy enfadado—. Es de noche y estamos en el bosque. Yo soy un ratonero y tú un búho de Virginia dispuesto a atacarme según todos los indicios. No me des estos sustos, por favor.>

<Sólo soy un búho, no un águila> me defendí. Sabía que había águilas e incluso halcones que atacaban a otras rapaces diurnas.

<Está bien, pero se dice que los búhos hambrientos atacan a veces a los ratoneros. No es habitual, pero a mí me dan miedo. Ya sé que todo el mundo piensa que los búhos son como los de los dibujos animados, que se pasan el día haciendo «Uhh, uhh» y además son muy sabios. Pero yo he visto cómo se comportan y te aseguro que los búhos no un encanto precisamente. Más bien al contrario, son muy fuertes. No me gustaría tener que vérmelas con ninguno de ellos.>

Me acomodé en la rama de al lado y clavé las garras en la corteza esponjosa. Ahora entendía por qué a Tobías le gustaba aquel sitio, desde allí disfrutaba de una vista fantástica de la pradera, incluidas sus deliciosas alimañas.

<Lo siento de veras, Tobías A menudo me olvido de que tu vida está llena de constantes peligros.>

<Bueno, también tiene sus ventajas —repuso—. Se acabaron las clases de gimnasia a primera hora, por ejemplo. Y tú, ¿se puede saber qué haces volando por aquí?>

<Necesitaba salir de casa y respirar aire puro.>

<¿Y eso por qué, si puede saberse?>

<No lo sé. No tiene ninguna importancia. Estaba nerviosa, eso es todo.>

Tobías no dijo nada. Estaba claro que no me creía. Permaneció callado, a la espera de que me decidiera a contárselo mientras me penetraba con su mirada.

Lo cierto es que no se lo quería contar, o mejor dicho, aunque en un principio ésa había sido mi intención, y si no, ¿para qué había ido hasta allí?

Sin embargo, una vez lo tuve delante, se me antojó ridículo agobiarle con mis problemas.

<Este asunto del estanque yeerk me tiene preocupada>, le comenté al fin.

<Tú, ¿preocupada?>, bromeó.

<A veces también me preocupo, ¿sabes? —respondí a la defensiva—. Había pensado volar hasta el zoo para adquirir el ADN de algún animal, uno bien fuerte por si nos metemos en líos, tal vez un león o un oso gris, algo así. Pensé que quizá te gustaría venir conmigo.>

<Rachel, sabes que no me gusta volar de noche, no veo bien en la oscuridad. Además, no hay corrientes de aire ascendentes, tendría que estar batiendo las alas todo el tiempo y el zoo queda muy lejos. Si estuviera más cerca, te acompañaría, pero no es un buen paseo.>

<De acuerdo, olvídalo.>

<Oye, y mejor, ¿por qué no me dices lo que realmente te preocupa? Estás muy rara. No pareces tú.>

<No me pasa nada —contesté—. Perdona por haberte asustado. Me voy a casa.>

<Rachel, puedes venir a hablar conmigo siempre que quieras, ¿vale?>

<Gracias... una cosa, Tobías. ¿Tú alguna vez piensas en el futuro? Quiero decir en la universidad y todo eso.> Nada más decirlo, deseé tragarme mis palabras.

Pero a Tobías no pareció importarle, al contrario, se rió en silencio y dijo:

<Claro, sería el número uno en... ornitología, el estudio de los pájaros.>

<Podrías incluso ser profesor —añadí—. Lo que quiero decir es que tarde o temprano empezaremos a separarnos, a trasladarnos a otra ciudad. ¿Qué haremos si los yeerks siguen todavía por aquí?>

<La verdad es que no lo había pensado —replicó Tobías al tiempo que se arreglaba las plumas con el pico, en un gesto instintivo. Instintivo, sí, aunque a veces también lo hace cuando algo le inquieta—. Supongo que para entonces todo esto habrá terminado, para bien o para mal. Si los yeerks ganan, no tendrás que preocuparte por la universidad. Si pierden, seguiremos con nuestra vida normal, más normal para unos que para otros>, añadió sin rodeos.

Guardé silencio durante un rato, me resultaba imposible articular palabra. Me odiaba a mí misma por haber sacado el tema. Y precisamente con Tobías. Mi pobre amigo ya había sufrido bastante con esta guerra, estaba atrapado en el cuerpo de un ratonero, y ahí estaba yo pensando en tirar la toalla.

Pero ¿qué me estaba pasando? No podía irme. ¿Largarme, y dejar a Tobías viviendo en el bosque? Y en cuanto a Cassie, mi mejor amiga, ¿abandonarla en una lucha en la que tal vez perdería la vida? ¿Cómo iba yo a cortar todo aquello y salir huyendo? ¿Sería capaz de dejar a Jake, a Marco y a Ax? ¿Por qué? ¿Porque mi padre estaba solo y porque a mí me apetecía asistir a unas clases de gimnasia?

<Rachel, ¿te encuentras bien?>

No, claro que no me encontraba bien. Me entraron gansa de vomitar. ¿Qué me estaba pasando? ¿Cómo iba a dejarles plantados? Ni hablar, no estaba dispuesta a

darme por vencida.

<¿Yo? Claro que estoy bien —disimulé—, es lo de siempre. Necesitaba reponer fuerzas. Ha llegado la hora de *La venganza de los animorphs: el estanque yeerk, segunda parte.*>

<No sé, pero me temo que voy a perderme otra batalla>, auguró Tobías.

<No te preocupes —le tranquilicé—, te reservaré un hork-bajir para ti solito.>

<¿Estás bien? Pareces un poco triste.>

<Estoy mejor que nunca. Me tengo que ir.>

<Sí, Rachel, vete a casa>, me aconsejó Tobías.

Extendí las alas y las batí con fuerza en el aire marchito de la noche. Naturalmente, no me fui a casa. Necesitaba despejarme un poco después de tanta confusión y si me iba a casa no pegaría ojo en toda la noche, así que di media vuelta y me dirigí hacia el sur.

Llegué al recinto que contiene el zoo y el parque de atracciones y que se llama Los Jardines. A vista de pájaro todo parece diferente. La montaña rusa, por ejemplo, no se ve tan alta ni tan peligrosa como cuando estás allá abajo. Y cuando sobrevuelas la zona del zoo, sólo distingues los tejados de sus numerosas salas de exposiciones y pequeños bosques diseminados, unidos y atravesados por cientos de caminos serpenteantes.

Al descender empiezas a distinguir los diferentes hábitats que constituyen el zoo: los árboles y el riachuelo propios del territorio del tigre; el campo abierto para los bisontes, separados de los impalas por una valla.

Me acerqué a la zona de los leones, que dormía agrupados en torno a un árbol, a excepción de una hembra que se removía sin parar, como si estuviera buscando algo.

Tardé bastante en dar con los osos. No me interesaban los pequeños osos negros, ni los polares. Buscaba los osos grises. Esos sí que tienen una fuerza descomunal.

Se encontraban en una zona de árboles y piedras acotada por un profundo foso lleno del agua procedente de un río que bajaba con fuerza.

Dos osos, un macho y una hembra, dormían plácidamente estirados sobre las piedras. El macho era más grande, y eso era justo lo que yo necesitaba. Grande, fuerte, audaz. Si iba a volver a aquel infierno del estanque yeerk, quería un animal que se atreviese a hacerle frente a todo.

¿Abandonarlo todo? ¿Trasladarme a otra ciudad? ¿Rendirme? Ni hablar.

Y ¿qué pasaría con mi padre? Podría verlo cuando viniera a la ciudad, ¿no? Para algo están los aviones.

Descendí y aterricé en el suelo para volver a mi estado natural. Las plumas parecían derretirse hasta adquirir el tono rosado de la piel. El pico se partió y aparecieron los dientes. Las garras se convirtieron en dedos y en mi interior se removían los órganos, unos se transformaban y otros crecían de la nada produciendo un sonido extraño.

El oso oyó el chasquido de mis huesos al estirarse y el leve crujido de mis plumas al fundirse en mi carne, abrió un ojo y me miró sin inmutarse, sin miedo. El animal estaba bien alimentado y, como llevaba mucho tiempo en el zoo, había perdido el instinto de alerta permanente que se desarrolla al vivir en la naturaleza. Para él yo era simplemente algo que olía a pájaro y a humano.

Alargué una mano temblorosa para acariciar su áspero pelaje. Me observó con sus ojos miopes, inmóvil. El animal sabía que yo no iba a hacerle daño, que no representaba amenaza alguna y que podría destruirme de un solo zarpazo sin ni siquiera despertarse del todo. El oso no sentía miedo, en él no había lugar para la duda y el dolor.

—Debe de ser maravilloso —le susurré al tiempo que le acariciaba y sentía su fuerza.

Mientras absorbía su ADN y me imaginaba transformándome en aquella criatura casi invencible, me vino a la cabeza la mirada de mi padre y el tono quebrado de su voz al decirme: ¿Qué más da, Rachel? ¡Estoy seguro de que todo saldrá bien! Sabía que su marcha iba a dejar un gran vacío en mi vida, y por mucho que me asegurase que volvería casi cada semana y que nos veríamos tanto como antes, yo sabía que no sería así. Me lo imaginaba haciendo las maletas.

Y en mi cabeza resonaban los gritos del estanque yeerk, y las irónicas palabras de Tobías sobre la universidad.

Eran demasiadas cosas a la vez. Cosas pequeñas y personales que se mezclaban con otras más importantes y serias. Tenía la cabeza a punto de estallar. No le encontraba sentido a nada. Era demasiado, demasiado miedo, demasiada sensación de culpa y también soledad. Eran demasiadas las decisiones a tomar.

¿Sabes? Hay días en los que la fuerza me abandona y el miedo se apodera de mí. En esos momentos lo único que me apetece hacer es ir a ver un partido con mi padre, comer palomitas y desconectar de todo, en otras palabras: ser una niña normal y corriente.

Pero mi vida ha dado un vuelco, y la normalidad es ahora casi un sueño.

Al día siguiente por la tarde, tal y como habíamos acordado, llegamos al centro comercial por separado. Yo había quedado con Cassie en el restaurante.

—¡Vaya, qué sorpresa! ¿Cómo tú por aquí? —saludé.

—Ja, ja.

Fingimos encontrarnos por casualidad por si había algún controlador vigilando la zona.

—Perfecto —comenté tras consultar mi reloj—, tenemos quince minutos para ir tranquilamente a The Gap.

—Jake y Ax están abajo, en la sala de los videojuegos —informó Cassie—. Pobre Jake, Ax todavía no controla demasiado cuando está transformado en humano y ha intentado comerse las colillas de un cenicero.

Los andalitas no tienen boca y por lo tanto no conocen el sentido del gusto, por eso siempre que Ax se transformaba en humano se lo llevaba todo a la boca para experimentar diferentes sabores.

Me imaginé a Ax masticando colillas y solté una carcajada. Me sorprendió que todavía me quedaran ganas de reír con lo que se avecinaba.

Por fin llegamos a la tienda.

—Marco ha dicho que estará en el último de los probadores —le recordé a Cassie—. Hay que andarse con cuidado, supongo que la mayoría de los que trabajan aquí son controladores. Hablando de Marco, me pregunto si ya habrá llegado.

—Seguro que sí —contestó Cassie—, últimamente no protesta tanto y hasta se muestra dispuesto a participar.

—Sí, ¿por qué será? —murmuré.

—La gente cambia, supongo —añadió Cassie encogiéndose de hombros—. Me da pena Tobías porque no puede venir con nosotros, aunque otras veces me da envidia.

Asentí. Empezaba a sentirme inquieta. Siempre que nos embarcamos en una misión peligrosa me pasa lo mismo, sólo que aquella vez era mucho peor. Lo reconozco, el estanque de los yeerks me daba pánico. Se me revolvía el estómago sólo de pensar en ese infierno, y allí era precisamente adonde nos dirigíamos.

—Bueno, ha llegado el momento de hacer una visita al probador —anuncié—, elige algo y nos vamos para allá.

—Pero ¿qué me pruebo? —preguntó Cassie desconcertada.

—Imagina que eres yo, simplemente elige un jersey y pruébatelo —le dije después de poner los ojos en blanco. Cassie no está hecha para ir de compras.

Divisé a Jake y a Ax en el extremo opuesto de la tienda. Siempre me sorprende el aspecto que adquiere Ax cuando se transforma en humano porque es una

combinación del ADN de Jake, Marco, Cassie y del mío. Es chico, pero resulta demasiado guapo. Hay algo raro en él, aunque no sabría muy bien decir qué es.

Elegí un jersey para Cassie y se lo pasé.

—Yo jamás llevaría algo así —protestó Cassie—. Aquí pone «lavar en seco».

Nos metimos en el penúltimo probador y cerramos la puerta.

—Adelante —ordené sin contemplaciones.

Habíamos decidido que lo mejor que podíamos hacer era transformarnos en cucarachas. La última vez que lo hicimos las cosas no salieron muy bien, pero esos bichejos son rápidos y sus sentidos son más que suficientes para nuestros propósitos, además, con un poco de suerte, pasaríamos desapercibidos.

No me apetecía lo más mínimo convertirme en cucaracha. Odio transformarme en cualquier animal que pueda ser pisoteado y, para colmo, esos bichos me dan asco.

Miré a Cassie y dejé escapar un gemido ahogado, le habían crecido dos larguísimas antenas en la frente.

—Ya podías haber avisado, ¿no?

La metamorfosis no es un proceso natural y elegante en el que los cambios se den de forma gradual. Todo lo contrario, ocurren de repente y no están sujetos a ninguna lógica, ni son progresivos. Unas partes aparecen de pronto, otras desaparecen y, lo que es peor, muchas veces su tamaño resulta totalmente desproporcionado. Hay que esperar hasta el final. Es espantoso.

Así pues, el primer cambio que experimentó mi amiga fue la súbita aparición de las antenas. Fue como si de repente le surgieran de la cabeza dos cañas de pescar. A continuación su piel empezó a arrugarse. Mientras tanto, ambas íbamos encogiéndose de tamaño. Es una sensación muy extraña porque te parece estar cayendo, ves que las paredes se mueven a toda velocidad hacia arriba y que el suelo está cada vez más próximo, supongo que eso mismo es lo que sentiría un paracaidista si no le abriera el paracaídas.

Por desgracia, al estar en un probador, estábamos rodeadas de espejos.

—¡Ahhhhh! —grité. Acababa de ver una imagen nauseabunda reflejada en el espejo: la piel de mi espalda había formado dos enormes alas marrones y duras.

Cassie iba ya muy adelantada en su metamorfosis y no tuvo tiempo ni de decir «¡chist!», aunque sí para llevarse una mano hasta lo que quedaba de sus labios, justo en ese momento le salieron del estómago las patas adicionales. De no ser porque mi boca ya había desaparecido, hubiera gritado sin parar.

Oí una especie de sorbido, lo cual indicaba que el último hueso de mi cuerpo acababa de disolverse y que, a partir de ese momento, estaría recubierta por un exoesqueleto.

Mi ropa cayó y se desplomó sobre mí, como cuando se desmonta una enorme carpa. El sentido de la vista se había esfumado casi por completo, sólo alcanzaba a

ver imágenes vagas, borrosas y fragmentadas. Por suerte, ya tenía experiencia en el tema, así que podía entender más o menos la confusa información que me llegaba a través de los ojos del animal.

Pero también tenía sus ventajas: las antenas que me habían brotado de la cabeza captaban a la perfección la más mínima vibración y el olor más leve.

<¿Estás bien?>, le pregunté a Cassie.

<Estoy sepultada por mis vaqueros, no puedo salir —dijo—. Espera... ¡ahora! Ya estoy fuera.>

<Ahora sí te veo —le informé—. ¡Cuidado! La alfombra está llena de alfileres.>

En efecto, y vaya alfileres. Parecían cañas de acero tan grandes como la barra de un columpio. Los extremos no resultaban tan afilados desde aquella altura y las cabezas de los alfileres parecían pelotas de playa metálicas.

<Muy bien, larguémonos de aquí>, indiqué.

Correteamos hacia un rincón hasta colocarnos debajo de un pequeño asiento triangular.

<¡Caray! Mi cucaracha no piensa en otra cosas que no sea correr>, se quejó Cassie.

<Y la mía también>, corroboré. Siempre que te conviertes en un animal nuevo, tienes que luchar para controlar sus instintos. Nosotras ya habíamos sido cucarachas, así que estábamos preparadas, pero recuerdo que la primera vez que lo probé, apenas si podía controlar el pánico.

Incluso esta vez tenía problemas para dominar su nerviosismo y frenar su impulso de salir corriendo.

De pronto me llegaron unas vibraciones muy fuertes. Había algo enorme moviéndose por encima de nuestras cabezas. Me resultaba imposible reconocerlo, pero segundos después quienquiera que fuera empezó a transformarse también.

<¿Quién anda ahí?>, pregunté.

<Yo, Marco. ¿Es que no me habéis reconocido?>

Después le tocó el turno a Ax, que se había vuelto a transformar en andalita antes de hacerlo en cucaracha. Jake recogió toda nuestra ropa, la metió en la bolsa y se la llevó para guardarla en una de las consignas del centro comercial, de esas que funcionan con monedas. Luego volvió al probador y se transformó. Su ropa quedaría tirada en el suelo y posiblemente levantara sospechas, pero peor sería que encontrarán la ropa de cinco personas.

<Bien, chicos, chicas y otros bichos, hemos consumido quince minutos de nuestro tiempo —informó Marco—, lo cual significa que nos queda una hora y cuarenta y cinco minutos y, desde luego, a mí no me haría ni pizca de gracia quedarme atrapado en este cuerpo de cucaracha.>

<Amén. ¡Vamos!>, añadió Jake.

Enfilamos sin perder un instante hacia el probador contiguo donde, según Marco, se hallaba la entrada al estanque. Avanzábamos como un ejército diminuto, y también repulsivo.

<¿Y si nos escondemos allá arriba, bajo el tablón del asiento?>, sugerí.

Una de las mejores cosas de ser cucaracha es que puedes escalar paredes sin esfuerzo, y eso hicimos. Subimos por la pared hasta llegar a una especie de tejado formado por el pequeño asiento triangular, y allí nos ocultamos.

Las minúsculas púas de mis patas se aferraban con fuerza a los pegotes de pintura en la pared, descansé un segundo inmóvil y expectante. Vi a dos de mis amigos un poco más arriba, parecían dos coches negros aparcados a ras de suelo. Sus antenas, al igual que las mías, no cesaban de agitarse en su afán por captar vibraciones y olores.

De pronto, la puerta del probado se abrió. Una forma tan alta que muy bien podría confundirse con un rascacielos entró en el cubículo.

<Tenemos compañía>, anunció Marco. Como si no lo hubiéramos notado, como si nuestros cerebros de cucaracha no estuvieran ya gritando: «¡Corre! ¡Corre!».

Entonces oí un suave chasquido, el espejo del fondo del probador se abrió y una ráfaga de aire húmedo que traía un olor a minerales invadió el cubículo. Ese aroma, que yo tan bien conocía, me trajo recuerdos, unos recuerdos que desearía poder olvidar.

<¡Ahora!>, gritó Jake.

Descendimos a gran velocidad por la pared hasta tocar la alfombra y entonces nos dirigimos hacia la entrada.

Los pies del controlador iban unos metros por delante. Sus zapatones, del tamaño de un edificio, se movían arriba y abajo hasta que desaparecieron de nuestro campo visual.

Lo seguimos y nada más entrar al pasadizo, la puerta se cerró.

<Estamos dentro>, informó Jake.

<¡Estupendo!>, celebró Marco.

Allí estaba yo, de camino hacia el último lugar adonde quería ir, al estanque yeerk. La primera vez que bajamos al estanque lo hicimos a través de una interminable escalera. Esta vez se trataba más bien de una rampa sin apenas inclinación, no muy diferente a los que sería descender por una avenida. Además, para nuestros diminutos cuerpos de cucaracha, casi ajenos a la gravedad, era prácticamente como desplazarse en línea horizontal.

La rampa estaba cubierta de polvo, así que las huellas de los controladores resultaban perfectamente visibles. A veces teníamos que remontar obstáculos y otras bajar unas depresiones que parecían tener varios metros de profundidad, para una cucaracha, claro.

Dejamos que el controlador se perdiera de vista porque, aunque podíamos andar tan rápido como él, no queríamos arriesgarnos a que nos pisara.

Estaba oscuro, sólo de vez en cuando percibíamos una leve luz que, procedente de una bombilla en lo alto del pasadizo, hacía la función de un sol, aunque un tanto difuso. Aun así toda precaución era poca si queríamos evitar ser descubiertos, por eso mis antenas estaban alerta para prevenir la posible presencia de algún otro controlador por el camino.

Bajamos y bajamos siguiendo las curvas que trazaba el camino por entre paredes rocosas.

<¿Cómo vamos de tiempo?>, preguntó Jake. Ax podía controlar el paso del tiempo sin necesidad de consultar un reloj. Un don muy valioso en situaciones como aquella.

<Desde que Cassie y Rachel se han transformado han pasado veintiocho minutos de los vuestros.>

<Ax, ahora esos minutos también son los tuyos —puntualizó Marco, que tenía ganas de charlar un poco—. ¿No estás en la Tierra? Pues en este humilde planeta sólo tenemos un tipo de minutos.>

Disponíamos de dos horas en total. Si sobrepasábamos, aunque fuera un minuto, el límite de tiempo quedaríamos atrapados para siempre en la forma adquirida, como le pasó a Tobías. Por una vez estaba de acuerdo con Marco. No me interesaba lo más mínimo ser cucaracha el resto de mis días.

<Atención, escaleras un poco más adelante>, informó Cassie.

Bajamos setenta y cinco escalones en total y poco después nos percatamos de que las paredes del pasillo no continuaban. Habíamos llegado a una especie de cueva.

Las cucarachas apenas ven, pero nunca olvidaré la primera vez que vi un estanque yeerk.

Venía a ser una enorme cueva subterránea mucho mayor que un palacio de

deportes. Había docenas de entradas en forma de escaleras o caminos que se alzaban hasta lo que sería la última fila de gradas de un polideportivo.

En el centro de la cueva se encontraba el estanque, una especie de laguna de aguas plomizas y viscosas que parecía hervir por la cantidad de gusanos yeerks que en él nadaban.

Pero eso no era lo peor.

Habían construido dos embarcaderos que cumplían funciones bien diferentes. En uno de ellos los controladores, de todo tipo, ya fuesen humanos, hork-bajir, taxxonitas o cualquier otra especie, descargaban el yeerk que llevaban alojado en el cerebro, ante la mirada atenta de guardianes hork-bajir. El proceso era el siguiente: el controlador se arrodillaba al final del embarcadero y acercaba su cabeza a la superficie del agua. Entonces el gusano se retorció y arrastraba hasta lograr salir de la oreja del portador y caía al agua con un golpe seco. Ésa era pues la zona de descarga.

En ese punto descubrías si el controlador era «voluntario» o, si lo habían hecho portador a la fuerza. En el primero de los casos, el portador se incorporaba y se marchaba con toda tranquilidad. Pero el controlador que no era voluntario y se veía temporalmente libre de su horrible invasor, al sentir que de nuevo recuperaba el control de su cuerpo y mente, chillaba como un loco, lloraba de rabia, o incluso pedía que lo liberasen.

Los que intentaban escapar eran rápidamente apresados y enjaulados por el guardián. Ahí esperarían el momento de ser conducidos hasta el otro embarcadero donde los yeerks, que ya habían recuperado fuerzas y se habían nutrido de rayos kandrona, se introducían de nuevo en sus portadores. Ésa era la zona de carga.

Cuando sueño con ese maldito estanque... han sido muchas noches sin dormir... en mis pesadillas yo siempre estoy en el segundo embarcadero.

Los portadores voluntarios se arrodillaban y daban la bienvenida al yeerk; los portadores rebeldes luchaban y peleaban, maldecían y hasta se atrevían a desafiar al guardián hork-bajir, a pedirle que los matara.

Seguimos caminando y de nuevo parecíamos hallarnos sobre una rampa. Continuamos el descenso en silencio. Supongo que todos estábamos pensando lo mismo, excepto Ax, que nunca había estado allí.

<¡Ojalá pudiese ver mejor! —dijo Ax—. ¡Me gustaría ver qué es lo que hay!>

<No sabes lo que dices>, repliqué.

Llegamos al tramo final de la rampa, por fin dimos con el suelo plano de la cueva.

<Bien, y ahora, ¿qué? —preguntó Cassie—. Ya han pasado casi tres cuartos de hora.>

<Cuarenta y un minutos>, corrigió Ax.

<De acuerdo —intervino Jake—. ¿Os acordáis de que alrededor y al fondo de la cueva había edificios? Supongo que la mayoría son almacenes y que también habrá generadores y purificadores de aire. Pero tal vez algunos sean oficinas, salas de control, puede que incluso alguno de ellos esconda la kandrona. Tenemos que inspeccionar esos edificios.>

<Bueno, eso es lo que mejor hacen estos bichejos, ¿no?>, bromeó Marco.

<Ojalá hubiéramos encontrado otra clase de insecto que viera mejor —me lamenté—. ¿Cómo vamos a dar con los edificios si no somos capaces de ver a menos de un metro?>

<Da igual —observó Cassie—, podemos oler. Aquí abajo tiene que haber humanos por fuerza y, si los hay, tendrán que comer en algún sitio. Yo no sé vosotros, pero a mi me llega olor a patatas fritas, y no creo que sean los taxxonitas ni los horkbajir.>

Tenía razón. Yo no estaba tan segura de que fueran patatas fritas aunque estaba claro o que mi mente de cucaracha detectaba comida.

<¡A por las patatas!> exclamó Jake entre risas.

Cruzamos por el suelo polvoriento hasta tropezarnos con una pared en la que resultó fácil encontrar una grieta. Una cucaracha es capaz de meterse por los agujeros más pequeños.

Cuando llegamos al otro extremo de la grieta, una potente luz nos deslumbró y nos vimos sacudidos por una combinación de olores y ruidos.

<Bueno, ¿dónde creéis que nos encontramos?> preguntó Marco.

<Yo diría que estamos sobre suelo de linóleo —apunté—, muy sucio, por cierto. Percibo muchas vibraciones, de pies creo, y también voces, pero son tantas que no distingo ninguna con claridad.>

<Aquí huele a humano>, confirmó Ax.

<Los humanos no huelen>, añadí yo un poco de broma.

<Pues claro que huelen —insistió Ax—, no huelen mal. Su olor recuerda al que desprende un animal que tenemos en nuestro planeta y que llamamos flaar.>

<Resumiendo, tenemos patatas fritas y humanos —agregó Marco—. ¿No me iréis a decir que hemos dado con el McDonald's del estanque yeerk?>

<A mí más bien me parece una especie de comedor, ideal para escuchar una conversación —observó Cassie—. ¿Y si nos acercamos y nos colocamos debajo de

una mesa? Así podríamos...>

De pronto oscureció: algo enorme estaba bloqueando la potente luz del fluorescente que teníamos más cerca.

<Eso... eso no huele a humano>, informó Ax.

<Ya me he dado cuenta —indiqué—. Es un olor que me es familiar... y no me gusta nada. Yo he olido eso mismo antes en algún otro lugar. Huele a... No recuerdo, mi memoria humana y mis sentidos de cucaracha no se ponen de acuerdo. Huele a...

>

<¡Taxxonita! —soltó Cassie de repente—. Veis, es cosas de ahí que parece un árbol, creo que... creo que es ¡la pierna de un taxxonita!>

<¡Qué asco! ¡No los soporto!>, exclamé.

<¡CUIDADO!>

Desde el cielo de fluorescentes se acercaba a toda velocidad una especie de látigo rojo brillante.

Sin perder un minuto, eché a correr, pero era demasiado tarde. Aquel látigo rojo golpeó el suelo a mi alrededor hasta caer sobre mí como un pesado edredón húmedo. Una sustancia pegajosa rezumaba a mi alrededor y se filtraba por debajo de mi caparazón hasta inmovilizar mis patas.

<¡Noooo!>, grité.

<¡Estoy atrapado!>, gritó Marco.

Entonces, me levantaron del suelo. Mi espalda se había quedado pegada al extraño látigo, que se movía frenético en el aire. Eché un vistazo a mi alrededor y comprobé que los otros también habían quedado adheridos al látigo pringoso.

<¿Qué es esto?>, preguntó Cassie.

<Es el taxxonita —explicó Ax—. Si no me equivoco, ¡está a punto de engullirnos!>

Estábamos pegados en la lengua de rana del taxxonita, que ya se relamía de gusto.

<¡No puedo despegarme!>, gritó Jake.

Era tan sólo un instante y sin previo aviso nos habíamos encontrado cara a cara con la muerte.

Estaba pegada, inmóvil en aquella lengua que el taxxonita retraía.

Y entonces... entonces, todo se detuvo.

La lengua pegajosa del taxxonita dejó de moverse. Pero eso era lo de menos. Mis antenas ya no captaban vibración alguna, no había ruidos, ni olores: el aire se había paralizado.

Entonces, sin poder evitarlo, comencé a transformarme.

<Pero, ¿qué pasa?>, pregunté.

<Me estoy transformando —contestó Cassie—, pero no soy yo quien lo hace.>

<¿Estaremos muertos? A lo mejor esto es una alucinación>, dije.

<Si lo es, yo también la estoy teniendo>, informó Jake.

Crecía a gran velocidad. Mis dos patas centrales fueron menguando hasta que desaparecieron. Las patas inferiores se hincharon hasta que desaparecieron. Las patas inferiores se hincharon y se recubrieron de piel. Al ganar peso me despegué de la lengua del taxxonita y caí al suelo. Me salieron los dedos de los pies y los de las manos. Empezaba a ganar visión y cuando la recuperé del todo miré a mi alrededor, confusa y desorientada.

Allí, a mi lado, estaban los demás. Todos habíamos recobrado nuestras formas naturales; allí aparecimos descalzos y con los maillots que nos visten cuando nos transformamos.

Para completar la escena, ya de por sí extraña, Ax también había recuperado su forma andalita.

Tal y como habíamos creído nos hallábamos en un comedor. En uno de los lados había una cocina y en el centro de la sala una docena de mesas largas.

Se veía gente sentada a las mesas, comiendo, sólo que en realidad, no comían, sino que sostenían los tenedores y miraban sus platos. Parecían estar a punto de decir algo mientras sostenían una taza de café. Pero nadie se movía, nadie respiraba. El humo del café caliente permanecía inmóvil como en una fotografía.

—Vale, y ahora es cuando me despierto —dijo Marco— ¡Qué sueño tan raro!

—¡Mirad! —advertí—. Hork-bajir.

Había dos hork-bajir en la puerta. Nunca antes los había visto inmóviles y aun así, aparentemente inofensivos, daban miedo: dos metros de brazos, piernas, cabeza y cola de filos cortantes. Marco los llamaba «picadoras de carne ambulantes» y eso era justamente lo que eran, cuchillas con patas.

Y allí estaba también el taxxonita que había estado a punto de engullirnos. Era un monstruoso ciempiés, tan grande como el tubo de hormigón de una alcantarilla. En la parte superior de su cuerpo viscoso se distinguía una boca rojiza y circular de la que colgaba aquella maldita lengua colorada.

—Tengo una idea —propuso Marco—, aunque esto sea un sueño, ¿por qué no nos largamos de una vez?

—Tienes toda la razón —convine.

—Vamos, ¡corred! —gritó Jake.

Salimos del comedor y nos adentramos en la enorme cueva. Aquel inmenso espacio abierto resultaba sobrecogedor... Por suerte, allí todo se había detenido también: el agua del estanque no se agitaba; los humanos y los hork-bajir rebeldes se habían quedado petrificados en sus celdas y sus rostros congelados mostraban angustia y gritos mudos.

En el embarcadero donde se realizaba el proceso de carga, un hork-bajir aguantaba la cabeza de una mujer cerca del agua para que un yeerk se introdujera en su oreja. La mujer lloraba pero sus lágrimas habían quedado congeladas en sus mejillas.

Fue entonces cuando descubrí que algo se movía en medio de aquel espeluznante paisaje congelado.

Se trataba de un chico. Era bastante alto y un poco desgarbado. Llevaba el pelo revuelto, como si nunca se peinara.

—Oh... —susurré—, oh... ¡mirad! ¡Es Tobías!

Los demás se volvieron para comprobarlo. Tobías se encogió de hombros como si no lo comprendiera. Volvía a ser humano y no dejaba de contemplar su cuerpo.

—¡Soy yo! —logró articular a duras penas—. He recuperado mi cuerpo. ¡Mirad!

Me acerqué corriendo, sin saber qué hacía, ni por qué. Quería tocarlo, asegurarme de que era real.

—¡Aaah! —gritó asustado al tiempo que levantaba los brazos y los movía arriba y abajo, una y otra vez como tratando de echar a volar. ¡Pobrecillo! Lo había asustado con mi carrera.

—Perdonad —se disculpó en voz baja, avergonzado—. Lo siento.

Lo abracé con fuerza.

—Tobías, ¿qué ha pasado? —le pregunté.

—No lo sé —contestó—, estaba volando tranquilamente y, de repente, he aparecido aquí, así.

<El tiempo se ha detenido —informó Ax—, para todo el mundo excepto para nosotros. Lo presiento.>

—Algo va mal, algo va mal —apuntó Cassie en tono misterioso—. ¿Será un truco de Visser Tres?

<Esto no es tecnología yeerk, os lo aseguro —añadió Ax—. Es mucho más avanzada, incluso para nosotros, los andalitas.>

¿CÓMO? ¿UN ANDALITA HUMILDE?

—¡Ahhhhh! —gritó Marco espantado.

La voz venía de todas partes y de ninguna. No era exactamente una voz ni tampoco lenguaje telepático, sino más bien una idea que de improviso resonaba en nuestras mentes. Las palabras estallaban, como cuando se pincha un globo, en

nuestros pensamientos.

Me giré enseguida para ver de dónde venía, dispuesta a luchar si era necesario.

NO, RACHEL. NO HAY PELIGRO.

—¡Sabe tu nombre! —me susurró Tobías al oído.

Miré a Ax. Se había quedado completamente rígido, aunque no inmóvil. Temblaba, temblaba de miedo.

AXIMILI-ESGARROUTH-ISTHILL EMPIEZA A SOSPECHAR QUIÉN SOY.

<¡Un ellimista!>, anunció Ax.

NO TEMÁIS. VOY A MATERIALIZARME PARA QUE PODÁIS COMPRENDERLO MEJOR.

Justo delante de mí...no, no, detrás... a mi lado... no, alrededor. Es imposible explicarlo, pero el aire se abrió como si en el espacio se hubiera abierto de repente una puerta y el aire se solidificara... es difícil de describir, sólo sé que el aire se abrió y apareció una figura.

Tenía forma humanoide: dos brazos, dos piernas y una cabeza; todo en su sitio. Su cuerpo desprendía una luz azul, como si fuese una bombilla pintada de ese color.

Tenía aspecto de hombre mayor, pero rebosaba energía. Su pelo era largo y blanco, y las orejas puntiagudas. Los ojos eran dos agujeros negros salpicados de un sinfín de estrellas.

—Soy un ellimista —dijo con voz propia—. Vuestro amigo andalita estaba en lo cierto.

Ax temblaba de tal manera que parecía a punto de desplomarse.

—Tranquilízate, andalita —añadió el ellimista—. Mira a tus amigos humanos, ellos no me temen.

<Porque no saben quién eres realmente>, alcanzó a responder Ax.

—Tú tampoco —replicó la extraña criatura con una sonrisa—. Sólo me conoces a través de los cuentos de hadas que tu gente te contaba cuando eras niño.

—¿Y si nos dices de una vez quién eres? —sugerí. Empezaba a ponerme nerviosa. No entendía qué hacía yo allí, de pie, en territorio enemigo y rodeada de controladores humanos, hork-bajir y taxxonitas inmóviles. Era una situación muy rara y tenía miedo de que de pronto todo cambiara, de que nuestros enemigos despertasen.

Si os digo la verdad, estaba muy asustada y cuando eso sucede, pierdo la paciencia.

—Dudo mucho que llegaras a entenderlo —dijo el ellimista con tono de superioridad.

<Los ellimistas son seres todopoderosos —explicó Ax—. Pueden atravesar un millón de años luz en un instante, hacer desaparecer mundos enteros y detener el tiempo.>

—Pues éste no parece tan fuerte —apuntó Marco escéptico.

<No seas ignorante —le replicó Ax irritado—. Éste no es su cuerpo. En realidad no tiene un cuerpo definido. Está... en todas partes a la vez, dentro de tu cabeza, en este planeta, forma parte de la dimensión espacio-tiempo>

—Pero ¿a qué has venido? —le pregunto Jake—. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué has traído a Tobías?

—Está claro que a ti no te hemos engañado con nuestras transformaciones —añadió Marco—. Sabes quiénes somos, incluso cómo nos llamamos. Nos has reunido aquí a los seis, ¿por qué?

—Porque tenéis que decidir —sentenció el ellimista.

—¿Decidir qué? —pregunté.

—El destino de vuestra especie —contestó—, el destino de la raza humana.

13

—¡Ah, bueno! ¿Sólo era eso? —replicó Marco irónico—. ¿El destino de la raza humana simplemente? ¿No se te ocurre algún otro asunto más difícil?

—Por regla general —prosiguió el ellimista ignorando por completo a Marco—, no interferimos en los asuntos privados de otros seres. Pero cuando se hallan en peligro de extinción intentamos salvar a unos cuantos. Nosotros amamos la vida, en toda su diversidad, y más sobre todo si son formas de vida sensibles, como es el caso del *Homo sapiens*, vuestra especie. Vivís en un planeta de increíble belleza, una obra maestra de incalculable valor.

—Veo que nunca has estado en nuestro colegio —interrumpió Marco haciéndose el gracioso.

De pronto, el ellimista volvió a hacerlo, el espacio se abrió, y en un instante, el estanque desapareció. Ya no estábamos bajo tierra, sino en el fondo del mar. Era muy extraño porque no sentía el agua en la piel y además podía respirar. Aun así yo no me sentía del todo tranquila.

Allí, en medio del océano, estábamos todos, Cassie, Jake, Marco, Ax, Tobías en su estado natural y yo. Flotábamos, suspendidos en el agua pero sin mojarnos, sobre un arrecife de coral. El ellimista había desaparecido y a nuestro alrededor el mundo había vuelto a cobrar vida.

Había cientos de peces. Bancos enteros pasaban por nuestro lado a toda velocidad, peces de todos los colores y formas imaginables, con el lomo moteado de efecto de la luz que se filtraba desde la superficie. Los tiburones merodeaban por la zona en busca de presas virtuales. Las rayas parecían volar. Los calamares avanzaban dándose pequeños impulsos. Los cangrejos correteaban entre fantásticas formaciones coralinas. Atunes grandes como ovejas nos rozaban al pasar y los sonrientes delfines echaban carreras en el agua.

FABULOSO, de nuevo la voz del ellimista, que parecía surgir desde lo más profundo de mi corazón.

DIVINO.

Y entonces, tan rápido como habíamos sido transportados al océano, aparecimos suspendidos sobre la dorada hierba ondulante de la sabana africana. Un grupo de arrogantes leones haraganeaban satisfechos bajo el sol, medio adormilados. Un poco más allá, pacía tranquilamente un grupo de ñus, gacelas e impalas que, sin previo aviso, improvisaban carreras y saltos con tal exhibición de energía que te obligaban a sonreír.

Divisamos también hienas, rinocerontes, elefantes, jirafas, leopardos, mandriles y cebras. En el aire volaban en espiral los halcones, las águilas y otras aves de presa.

MIRADLOS BIEN.

A continuación, y en un santiamén, llegamos al corazón de la jungla. Un jaguar se deslizaba con agilidad con el sonido de los monos de fondo, que chillaban desde las copas de los árboles. Serpientes tan grandes como un hombre reptaban por las ramas de los árboles. El aire desprendía la fragancia de mil flores diferentes y el alboroto formado por ranas, insectos, monos y pájaros salvajes era constante.

NO EXISTE MAYOR BELLEZA EN TODO EL UNIVERSO. NO ES POSIBLE CREAR UNA OBRA DE ARTE COMPARABLE A VUESTRO PLANETA.

Después nos enseñó la raza humana, y nos llevó a la ciudad de Nueva York, donde invisibles volamos entre las montañas de acero y cristal.

Sobrevolamos pueblos bordeando la orilla de los ríos. Fuimos a un concierto de rock en Río de Janeiro y asistimos a un mitin político en Seúl. En Durban, Sudáfrica, presenciamos un partido de fútbol y en Filipinas paseamos por un mercado al aire libre.

LOS HUMANOS SON IGNORANTES Y PRIMITIVOS, PERO TIENEN CAPACIDAD PARA COMPRENDER LO ESENCIAL.

De pronto, todo el movimiento cesó y nos encontramos frente a un cuadro que yo ya había visto antes. Todo él era un estallido de color. Había dibujadas unas flores violetas, lirios, sino me equivoco, porque no soy una experta en flores. El artista había captado la belleza de esas flores y la había traspasado al lienzo.

...**PARA COMPRENDER LO ESENCIAL.**

Entonces, se súbito, aparecimos de nuevo en el estanque yeerk. Todas aquellas bellas imágenes se esfumaron. El escenario volvía a ser un paisaje de desesperación poblado de terribles imágenes paralizadas.

El ellimista, o por lo menos el cuerpo en que se materializa, reapareció.

—Un viaje magnífico —alabé. Intentaba hacerme la dura aunque lo cierto es que me sentía como si me hubieran arrancado las entrañas y mi mente hubiera estallado en partículas brillantes—. Pero ¿qué tratas de decirnos exactamente?

—Los humanos están en peligro de extinción. Muy pronto tú misma desaparecerás.

Se me ocurrieron un par de cosas que me habría gustado decirle pero me contuve. Todos guardábamos silencio.

—Los yeerks también son una raza sensible —prosiguió el extraño ser— y, tecnológicamente hablando, están más avanzados que vosotros. No se detendrán ante nada. Los andalitas intentarán frenarlos pero fracasarán, al final los yeerks vencerán y los únicos representantes de la raza humana serán los que vosotros llamáis «controladores humanos».

Se me cortó la respiración. Lo había dicho de tal manera que no admitía duda. Había pronunciado cada palabra con tal convicción que nos dejaba sin argumentos.

El ellimista no estaba adivinando el futuro, parecía conocerlo de antemano.

Y sabía que íbamos a fracasar.

Cuando el taxxonita había estado a punto de engullirnos hacía tan sólo unos minutos, me había invadido el pánico. Había temido por mi vida y la de mis amigos.

Y ahora que el tiempo se había detenido y el estanque permanecía inmóvil, estaba aterrada. Las imágenes que nos había mostrado el ellimista daban vueltas en mi cabeza.

—¿Has venido sólo para eso? ¿Para decirnos que vamos a morir? ¿Por qué? —logré articular a duras penas.

—Queremos haceros una oferta que tal vez os interese —anunció el extraño ser—. Veréis, nosotros podríamos salvar una parte de la raza humana, os mandaríamos a un planeta, a vosotros, a vuestras familias y a otros elegidos por la calidad de sus genes junto con otras especies terrícolas no humanas que nos interesan en particular.

—Este hombre es ecologista —añadió Cassie tras soltar una risotada que me sorprendió—. O sea que nosotros somos como esos búhos que hemos visto, como los rinocerontes y las ballenas. Somos una especie en peligro de extinción y él es el ecologista que ha venido a salvarnos.

—Os hemos reservado un planeta —continuó el ellimista— muy parecido al vuestro. Tendréis libertad para desarrollaros de forma natural, que es como debe ser.

—Esto es de locos —prorrumpió Marco—. Ahora resulta que viene el diluvio yeerk. Os acordáis del arca de Noé, ¿no?, pues ya sabéis, chicos, a llenar la barca.

—No —replicó Tobías con la vista clavada en el ellimista—, para lo que nos quiere es para su zoo, para su zoo particular.

—Nosotros no imponemos nuestra voluntad a especies sensibles como la vuestra —se defendió el ellimista—. Hay que tomar una decisión y vosotros habéis sido elegidos para hacerlo, porque sólo vosotros de entre todos los humanos sabéis lo que está pasando. Debéis escoger entre quedaros en la Tierra y continuar una batalla que ya está perdida o abandonar este planeta y formar parte de una nueva colonia humana.

—¿De cuánto tiempo disponemos para decidirnos? —preguntó Jake.

—Tenéis que darme una respuesta ahora —contestó el ellimista.

—¿Cómo? —le grité—. ¿Quieres decir que tenemos que elegir ya?

Aquello era más de lo que podía consentir. No podía ser verdad, debía de estar soñando, o quizá sólo era producto de mi imaginación.

—Si aceptáis la oferta, todos vosotros y vuestros allegados seréis automáticamente transportados a vuestro nuevo hogar. Si, por el contrario, la rechazáis, todo volverá al punto en el que estaba cuando detuve el tiempo.

—Es decir, a la pegajosa lengua del taxxonita a punto de devorar cinco hermosas cucarachas que somos nosotros, ¿no?

—Exactamente igual a como era antes de detener el tiempo —confirmó el elimista—. Nosotros no queremos interferir.

Miré a Tobías, pero su rostro no mostraba expresión alguna. Tal vez había olvidado cómo hacerlo.

—¿Y qué pasará con nuestro amigo Tobías? —preguntó Cassie con suavidad.

—Todo seguirá igual que antes —repitió el elimista.

—Vaya, ¡qué oportuno! —profirió Marco—. ¿Te parece justo hacernos esta pregunta cuando estamos a punto de convertirnos en el aperitivo de un taxxonita?

—Esto es ridículo —protestó Jake con brusquedad—. No puedes exigirnos que tomemos una decisión semejante. Nosotros no podemos decidir por los demás. Ya sé que tu intención es buena... pero es imposible.

<A los elimistas no les importa lo que es o no es justo —añadió Ax—, simplemente te dan a elegir, aunque en realidad no haya elección. Entonces afirman que ellos no quieren interferir y cargan toda la responsabilidad sobre vosotros para justificarse diciendo que, al fin y al cabo, ha sido una decisión humana.>

Ax tenía razón, la verdad era que el elimista nos había manipulado, lo cual me daba todavía más motivos para declinar su oferta. Aquel extraño ser quería a toda costa que aceptásemos y abandonáramos la lucha.

Por otra parte pensaba en aquel otro planeta donde no habría guerras, y podríamos ser como los demás chicos. Se acabarían de una vez por todas las decisiones y las batallas.

Y también estaban los acompañantes, ¿quiénes serían los elegidos?

—Yo voto que no —espetó Tobías desafiante—. Me estás utilizando, te sirves del cariño de mis amigos hacia mí para conseguir tus propósitos. Me niego rotundamente.

—Espera, Tobías, hay que pensarlo muy bien antes de dar una respuesta definitiva —le rogó Cassie—. Sólo estamos un poco desconcertados... pensar que se trata de toda la humanidad. ¿No lo entendéis? Sólo nos está advirtiéndolo de que la humanidad está a punto de extinguirse.

—Tobías, precisamente tú eres el que tiene más que perder —le recordó Jake—. Si decimos que no, volverás a ser un ratonero.

—Tenemos dos votos en contra, Tobías y Rachel, y uno a favor, Cassie —informó Marco.

Pero yo todavía no había votado. Marco había asumido que yo iba a votar que no... Tenía toda la razón, no podía aceptar la oferta, sólo de pensarlo se me revolvía el estómago. Marco estaba en lo cierto, tenía que votar que no. Si Tobías estaba dispuesto a seguir luchando a pesar de lo que eso suponía para él, yo no iba a ser menos.

—Lo que este tipo quiere de nosotros es que salgamos corriendo —dije—. Nos

está pidiendo que abandonemos nuestro planeta y a nuestra gente a cambio de estar a salvo junto a nuestros seres más queridos.

Tobías y yo intercambiamos una mirada. En aquel momento mostró un leve reflejo de la que había sido su sonrisa humana.

<Ésta es una decisión que atañe a los humanos —observó Ax—. Yo lucho contra los yeerks y acataré la decisión del príncipe Jake, pero os advierto que no me fío del ellimista, por muy poderoso que sea.>

—Chicos, sé cómo os sentís —insistió Cassie—, pero pensadlo bien, por favor. Puede que ni siquiera salgamos vivos de ésta, y si morimos, la humanidad habrá perdido toda esperanza de sobrevivir. Y, además, si él dice que los humanos perderán la batalla, ¿no sería mejor salvar a unos cuantos y no que desaparezcan todos?

Jake y Marco no habían votado todavía. Me di cuenta de que miraban hacia el edificio por el que habíamos entrado y de que fijaban su atención en una especie de columna alta y circular que se elevaba hasta el techo de piedra de la cueva.

La columna era una combinación de metal y cristal. En su interior se distinguía a un controlador humano, una mujer, suspendido en el aire. Daba la impresión de que estuviese descendiendo por el tubo, o tal vez ascendiendo. ¡Un momento! ¡Se trataba de un conducto, como el que habíamos utilizado la vez que estuvimos a bordo de la nave nodriza! Una especie de ascensor sin suelo que, por medio de un mecanismo invisible, te traslada de un nivel a otro.

La cuestión era saber si podía subir, además de bajar. Es decir, ¿aquel controlador iba hacia arriba o hacia abajo?

Jake me miró y arqueó una ceja con disimulo para avisarme, después volvió a clavar la vista en el conducto.

Entorné los ojos y observé con detenimiento a la mujer suspendida en el aire. Tenía el pelo largo, por lo tanto, si estuviera descendiendo, su pelo se elevaría hacia arriba. Sin embargo, le caía sobre los hombros.

—Señor —empezó Marco—, muchas gracias por su oferta, pero no creo que podamos aceptarla. Me niego a ser parte de su zoo privado. No me gusta que me presionen. Nos sentimos muy halagados de que le guste nuestro planeta y le prometo que cuidaremos de él lo mejor posible.

Ya éramos cuatro contra uno, Marco, Tobías, Ax y yo. Incluí a Ax, aunque él había dicho que no era decisión suya. Cassie se había quedado sola.

—Todos sabéis que cuido animales heridos y que al principio siempre me tienen miedo, aunque les esté ayudando. ¿Vamos a tomar una decisión valiente? ¿No estaremos comportándonos como unos tontos al rechazar a alguien que trata de ayudarnos?

Su argumento me dio que pensar. De repente me vinieron a la cabeza imágenes de documentales en los que aparecían animales. Recuerdo en especial uno en el que

unos ecologistas intentaban capturar a unos tigres para trasladarlos a una reserva donde estarían a salvo porque estaban en peligro de extinción. Los tigres se les habían resistido y habían peleado con todas sus fuerzas para librarse de las redes utilizadas por sus salvadores.

¿Sería ése nuestro caso? ¿Y si nosotros fuéramos como los tigres, una especie al borde de la extinción, y estuviéramos despreciando la única posibilidad de supervivencia?

Aquella reflexión me hizo cuestionarme mi propio voto. ¿No debería reconsiderarlo y salvarme yo y mi familia? ¿Qué harían ellos en mi situación? ¿Mi madre? Ella jamás arriesgaría la vida de sus hijas, votaría que sí. ¿Y mi padre? Si fuéramos transportados por arte de magia a un lugar seguro y yo le explicara que había aceptado una oferta para salvar a toda la familia y que había abandonado la lucha, ¿qué pensaría de mí?

—Hay algo en todo esto que no me cuadra —le dijo Jake al ellimista—. Dices que la raza humana perderá la batalla contra los yeerks. Sin embargo, no creo que seas capaz de predecir el futuro porque, si así fuera, ya sabrías lo que vamos a votar, y entonces, ¿porqué sigues todavía aquí? —razonó y nos miró de uno en uno.

—Bueno, si todos votáis que os quedáis, yo también —concluyó Cassie con una sonrisa triste.

—Mi querido amigo —indicó Jake tomando a Cassie de la mano—, creo que ya tienes una res...

—...puesta.

Antes de que terminara la frase ya habíamos recuperado nuestra forma de cucaracha.

SI LOGRÁIS SOBREVIVIR, OS LO PREGUNTARÉ UNA VEZ MÁS.

Allí estaba de nuevo, ¡pegada a la asquerosa lengua del taxxonita, sin poder hacer nada!

<¡Transformate! ¡Transformate, Rachel!>, gritó Jake.

No hacía falta que lo repitiera. Logré concentrarme a pesar del miedo. De pronto, se hizo la oscuridad.

<¡Estamos en el interior del taxxonita!>, grité.

<¡Ahora! ¡Transformaos! —ordenó Jake—. ¡Tenemos que salir de aquí!>

De repente, un chorro de líquido viscoso y caliente me empapó y me desprendí de aquella lengua pegajosa. Estaba aterrorizada y no veía nada, sólo daba volteretas envuelta en aquel líquido repulsivo. Por suerte empecé a sentir que crecía. Mis antenas de cucaracha rozaron algo que estaba a mi lado. Era otra cucaracha, pero mucho más grande de lo normal.

<¡Me estoy transformando!>, gritó Cassie.

<¡Ahí voy!>, le advertí.

El espacio se reducía por segundos. A medida que crecíamos, nuestros cuerpos se apretujaban entre sí cada vez con más fuerza y el taxxonita empezaba a sufrir espasmos al notar que la comida se hinchaba en su estómago.

Entretanto, mis pulmones aumentaron de tamaño y, automáticamente, sentí la necesidad de respirar. ¡Dios mío, me estaba asfixiando! Mi cuerpo humano no era tan resistente como el de la cucaracha.

<¡Aire! —bramó Marco—. ¡No puedo respirar!>

<¡No abandonéis ahora! ¡Ánimo! —nos alentó Jake—. ¡Vamos a partir por la mitad a este maldito gusano!>

<¡He recuperado mi cola! —informó Ax—. ¿Y si...?>

<Sí —aprobó Jake—, hazlo. ¡Adelante!>

Y, de repente, se hizo la luz. Miré de reojo a Ax. Su cola mortal, rematada por una hoja con forma de guadaña, hacía trizas uno de los costados del taxxonita.

¡Aire! Por fin algo de oxígeno. Era una ráfaga de aire viciado, maloliente y corrupto, pero aire al fin.

El cuerpo del taxxonita reventó y nosotros salimos hechos un lío con sus tripas y cubiertos por una especie de baba verde azulada. Todavía no éramos del todo humanos, sino una extraña combinación de insecto y humano, aunque hacíamos todo cuando podíamos para acelerar el proceso.

¡Aire! Respiré profundamente para llenar los pulmones, todavía a medio hacer.

Desparramados por el suelo estaban los restos del taxxonita y desprendían un hedor espantoso. La sala, repleta de controladores humanos comiendo, ya había recuperado su actividad habitual, pero apenas podían creer lo que veían sus ojos.

—¡Larguémonos! —grité—, antes de que les dé tiempo a reaccionar.

Echamos a correr, pero como todavía no se nos habían formado del todo los dedos de los pies y de las manos, resbalábamos sobre los intestinos del taxxonita esparcidos por el suelo.

—¡Atrapadlos! —gritó una voz humana—. ¡Atrapadlos o Visser Tres os hará picadillo!

Los controladores humanos saltaron de sus sillas con gran estruendo. Uno de los hork-bajir que se encontraba cerca de la puerta intentó cortarnos el paso, pero Ax chasqueó la cola con una rapidez pasmosa y le asestó tal golpe en la espalda que lo dejó fuera de combate.

—¡Corred hacia el conducto! —indicó Marco, que iba delante.

—¡Todos, menos Ax, transformaos en cuanto podáis! —gritó Jake sin dejar de correr—. Necesitamos más potencia.

Saltaba a la vista. El único que tenía talento natural para la lucha era Ax. Yo intentaba concentrarme en el oso cuyo ADN había adquirido en el zoo.

Por otra parte dudaba de si no sería mejor convertirme en elefante, o en lobo, puesto que ya lo había hecho antes y sabía manejar sus instintos. Pero era consciente de que el elefante no cabría en el conducto y lo que más urgía era acumular fuerza.

¡BUUUMMM!, algo me golpeó con fuerza y me hizo caer rodando por el suelo.

Distinguí un hombre a mi lado. Sin duda había sido él quien se había abalanzado sobre mí, ¡un adulto había sido capaz de golpear a una chica! Me puse furiosa, ¿qué clase de sabandija haría una cosa así? La respuesta era obvia: el hombre no era tal en realidad, sino un controlador y el yeerk que tenía alojado en el cerebro no entendía de principios.

El hombre se me acercó y me agarró del cuello. De pronto un golpe seco y...

—¡Ahhhh! —vociferó el controlador fuera de sí. Alguien le acababa de segar una de las manos.

—Gracias, Ax —dije.

<Estamos atrapados>, anunció.

Miré hacia delante. Nos hallábamos a tan sólo unos treinta metros del conducto, a donde ya habían llegado los otros, pero entre nosotros y ellos se encontraba un ejército de controladores humanos y hork-bajir que nos cortaba el paso.

Justo en ese momento Marco, seguido de Cassie, era absorbido por el conducto. Sólo quedaba Jake, que se quedó mirándonos, horrorizado.

—¡Vete, Jake! —le grité—. Ya nos apañaremos.

Varios controladores empezaron a acorralar a Jake pero la mayoría estaba pendiente de Ax, puesto que los andalitas son enemigos mortales de los yeerks. De mí no sé qué pensarían, porque todavía chorreaba baba.

De repente, un par de hork-bajir se precipitó contra nosotros cortando el aire con las cuchillas de sus brazos. Parecían dos motosierras a máxima velocidad.

Ax les embistió, pero por desgracia los hork-bajir eran demasiado rápidos.

<¡Aaaarrhhh!>, bramó Ax. Le habían asestado una terrible cuchillada en un costado.

El andalita volvió a atacar, blandiendo sin descanso su cola de escorpión y con tal rapidez que casi resultaba invisible.

Los controladores humanos se habían quedado rezagados. Temían que, o bien el andalita, o bien sus compañeros hork-bajir, acabarían haciéndolos picadillo. Pero cada vez venían más hork-bajir y Ax empezaba a perder terreno.

Entonces... dejé de sentir miedo. De mi interior brotaba una extraña confianza en mí misma que aumentaba por momentos. Para cuando quise darme cuenta, estaba a cuatro patas y al mirar hacia abajo, en lugar de mis manos extendidas torpemente en el suelo, descubrí cuatro enormes zarpas. Mi piel se había recubierto de un pelaje áspero y oscuro. Me crecieron unas garras negras, afiladas como garfios.

Me había convertido en un oso gris y sentía una seguridad y un valor excepcionales. Me había transformado en un animal que no había experimentado ni un solo instante de miedo a lo largo de generaciones.

De repente, noté una punzada de dolor en un hombro. Comprobé que un hork-bajir me había herido. Le lancé una mirada furiosa, aunque lo único que alcanzaba a distinguir con mis ojos miopes era una figura borrosa y alargada.

Como nunca antes había experimentado aquella metamorfosis, no controlaba ni la mente ni los instintos del oso. El único pensamiento del oso en aquel momento era que alguien le había amenazado, y la única respuesta posible era atacar.

—¡Grrroooooaaauurrr! —rugí y me abalancé sobre el hork-bajir.

Mi contrincante volvió a herirme pero apenas me di cuenta porque lo arrollé con todo mi peso, unos cuatrocientos kilos de oso furioso.

¡Me había convertido en una máquina de destrucción, un camión a mil por hora, un tanque blindado!

Era el carnívoro más grande que existe sobre la Tierra y nada ni nadie sobrevivía tras haberme desafiado.

Me resultaba difícil localizar al hork-bajir a través de los ojos del oso, sin embargo mi olfato me decía que se encontraba delante de mí, así que levanté una de mis enormes zarpas y le asesté un buen golpe en el pecho.

Aquel zarpazo podría haber hecho descarrilar a un tren.

El hork-bajir salió volando, y algunos de los suyos descubrieron al acercarse por

qué el nombre científico del oso gris es *Ursus horribilis*.

Apenas recuerdo lo que pasó a continuación. Me rendí a la ira del oso. Su cólera y la mía se fundieron y toda mi tensión, mi incertidumbre y mis dudas desaparecieron de golpe al someter mi voluntad a la violencia del animal.

Sí recuerdo que en un momento de la lucha Jake se transformó en tigre y se unió a la pelea. Por lo demás sólo conservo en la memoria retazos de una batalla encarnizada.

Todavía guardo imágenes de garras rasgando y fauces aplastando.

Lo siguiente que recuerdo es que volábamos ascendiendo por el conducto y que las palabras de Jake resonaban en mi cabeza.

<Rachel, ¡transformate! ¡Transformate! ¡Has perdido el control! ¡Transformate!>

Pero yo seguía dando zarpazos en el aire intentando matar a aquel tigre suspendido por encima de mí.

¡Intentando matar a Jake!

De repente me pareció despertar de un profundo sueño y, progresivamente, según nos íbamos acercando a la superficie, abandoné el cuerpo del oso y volví a mi ser.

La ascensión vertiginosa por el conducto se hizo interminable. Cuando ya atravesábamos la roca sólida, me incorporé y el último rastro del oso desapareció. Recuperé por fin la capacidad de razonar, aunque todavía me sentía confusa y desconcertada. No sabía muy bien lo que estaba ocurriendo.

De pronto me detuve y me encontré en lo alto del conducto. Me apeé para pisar suelo firme. Allí estaban todos los demás. Ax intentaba transformarse en humano, pero parecía tener problemas.

Mutar varias veces de formar es agotador y en esos momentos lo único que te apetece es arrastrarte hasta un rincón y dejarte morir.

Sabía lo que era sentirse así. Yo también me encontraba tan cansada que al pisar sobre cemento mi cuerpo se dobló. Estaba oscuro, sólo había una débil luz que nos permitía vernos las caras.

—¡Cuidado! —advirtió Cassie al tiempo que me agarraba del brazo—. Estamos todos sanos y salvos. Nos encontramos en la base de la torre de agua que hay detrás del colegio.

—Hay que largarse de aquí. Los yeerks vigilan la zona.

—La vigilaban —corrigió Marco y señaló con la cabeza hacia un rincón donde dos controladores humanos yacían inconscientes.

—Salgamos de aquí —indicó Jake—. ¿Te encuentras bien, Rachel?

—Sí. Estoy muy cansada. Nunca me había transformado en oso y no me ha dado tiempo a controlarlo. Lo siento.

—No te preocupes, Rachel. Ese oso furioso nos ha sacado del infierno, sólo necesitas descansar.

—Sí, no me vendría nada mal.

Cuando por fin llegué a casa, me metí en la cama y me dormí en un santiamén. No me desperté hasta que sonó el despertador a la mañana siguiente. Me encontraba tan atontada que apenas podía ver los números del despertador.

—¿Rachel? ¿Te has levantado? —me preguntó mi madre y asomó la cabeza por la puerta.

—Ya voy, estoy despierta —contesté.

Me costó mucho levantarme de la cama aquel día y cuando por fin me decidí, me encaminé hacia el baño tambaleándome por el pasillo. Jordan estaba usando el baño que compartimos, así que fui al de mi madre.

Mi madre ya estaba arreglada y vestida. Se había puesto su traje marrón y estaba estirándose las medias.

—No tienes buena cara —me reprochó mirándome de refilón.

—¿No? —logré articular a duras penas—. ¿Puedo usar tu ducha?

—No te has cambiado de ropa —continuó—. Llevas la misma ropa que anoche. Llegas a las nueve y media, descalza y con esas mallas que ni siquiera te has quitado.

Me miré de arriba abajo confundida. En efecto, todavía llevaba la ropa que utilizamos en las transformaciones.

Es que... me dejé los zapatos en casa de Cassie. Le estaba enseñando unos ejercicios de gimnasia. Y me los quité. Bueno, ¿puedo utilizar tu cuarto de baño o no?

—Vienes a casa sin zapatos y te acuestas sin cenar —repitió mi madre moviendo la cabeza pensativa—. Rachel, si tienes algún problema quiero que me lo digas.

Entonces me hice la loca y solté una carcajada:

—¿Problemas? ¿Yo? ¿Por qué iba a tener problemas? —seguí con aquella risa tonta mientras me restregaba los ojos.

Mi madre suspiró y luego dijo:

—Tengo una comparecencia en los tribunales a primera hora, el caso Hallinan, pero esta noche quiero que te quedes en casa. Creo que tú y yo deberíamos tener una charla. Tu padre te lo ha puesto difícil y sé que es una decisión muy dura para ti.

—¿Puedo utilizar tu ducha, sí o no? —repetí dejando escapar un suspiro. Ya no tenía por qué reír.

—Sí, claro. Recuerda que Sara tiene que coger el autobús.

Cerré la puerta del cuarto de baño y me refugié al amparo del agua caliente. Entonces, las imágenes del día anterior volvieron a mi mente. Todo, cómo surgíamos de golpe del estómago del taxxonita, la oferta del ellimista y la imagen de Tobías, que recuperó su cuerpo de humano por un rato demasiado breve. Después recordé la batalla... y a aquel oso incontrolado y furioso en el que yo me había convertido. Me estremecí... el agua empezaba a quedarse fría.

—¿Rachel? ¿Qué haces ahí tanto rato? ¿Te has colado por el desagüe de la bañera o qué? —era Jordan, al otro lado de la puerta.

—Jordan, ¿te importaría ir con Sara a la parada del autobús? —le pedí—. Se me ha hecho un poco tarde. Tú vete.

Por primera vez en toda mi vida, falté a clase. Me quedé en casa, haciendo el vago y viendo programas basura en la tele. Cuando aparecía algún chiflado, cambiaba de canal y aparecía otro aún más desquiciado. Era un alivio ver que había personas con problemas, claro que sus problemas, comparados con los míos, daban risa.

Pero aquellas imágenes de gente furiosa y presentadores empalagosos se mezclaban con otras en las que aparecía un taxxonita abierto y con las tripas fuera, como una bolsa de basura desgarrada, y los gritos mudos y congelados de los portadores involuntarios.

A pesar de que la televisión hacía mucho ruido, no conseguía apagar otras voces: la del ellimista, que todavía resonaba en mi cabeza: «Podemos salvar una parte de la raza humana». O la voz de Jake: «¡Has perdido el control!». O la de mi padre, «a otra

ciudad, a otro Estado».

Intentaba no pensar en todo lo ocurrido el día anterior. Aquello era ridículo, vivía en dos mundos completamente diferentes.

Uno lo componían mi familia, el colegio, las clases de gimnasia, ir de compras, escuchar música, ver la tele...en fin, cosas normales.

Pero también tenía otra vida en la que era algo más que la hermana mayor de Sara y Jordan, la primera hija de mi madre, la preferida del profesor y una gimnasta cuyo punto débil era la barra de equilibrio.

En ese otro mundo yo era... una guerrera que arriesgaba su vida en batallas mortales y en las que todo jugaba en su contra. En ese mundo había dejado de ser tan sólo una niña.

Llegó la hora de comer y me hice un sándwich de queso al grill.

Mientras lo preparaba encendí el televisor de la cocina y allí estaba mi padre, dando las noticias del mediodía. No se encontraba en el estudio sino en un centro de convenciones desde donde informaba de algún estúpido acontecimiento.

Quitó el volumen y me dedicó a observar las imágenes mudas. Entonces, arrojé el sándwich a la basura.

—¿Qué voy a hacer? —grité tan de repente que hasta me asusté—. ¿Qué voy a hacer?

Mi voz sonó hueca y sin vida en el silencio de la cocina. Me sentí ridícula. No era propio de mí ponerme sentimental. Me quedé allí inmóvil, mirando fijamente los armarios. El ellimista... el oso... mi padre... ¿Qué podía hacer? ¿Abandonar a mi madre y mis hermanas? ¿Abandonar a mi padre? ¿Abandonar a mis amigos? ¿Abandonar este planeta a su suerte?

Imaginé por un momento que iba al centro de convenciones y le explicaba a mi padre que estaba metida en un buen lío. Entonces, él me abrazaba, me acariciaba la cabeza como siempre hacía y me decía: «Cielo, no te pongas tan seria».

Volví a ponerle voz a la tele. Mi padre estaba sonriendo por algo que le habían dicho desde el estudio.

—...que nos va a dejar muy pronto, lo cual nos entristece a todos, aunque sabemos que es una gran oportunidad para ti.

—Sí, es una magnífica oportunidad —respondió mi padre— aunque echaré mucho de menos...

Apagué de golpe la televisión. Algo me estaba desgarrando por dentro, como si hubiera tragado cristal. Tenía que salir de casa y dejar de pensar. Subí a mi habitación y abrí la ventana de par en par.

Unos minutos después, una gran águila de cabeza blanca salía de mi habitación y remontaba el cielo hasta perderse entre las nubes.

Esa tarde habíamos quedado en el granero de Cassie. Allí dentro, como ya sabéis, hay hileras de jaulas de formas y tamaños diferentes y, la mayoría, llenas. Los pájaros se concentran en una zona, separados de los mamíferos por una pared divisoria. A los pájaros les pone nerviosos compartir espacio con los zorros y los mapaches, y ya sabes que los pájaros, cuando están inquietos, se golpean contra los hierros de la jaula y se pueden llegar a hacer bastante daño.

Cuando aparecí descalza y con el maillot todos adivinaron que no había venido en autobús.

Jake y Marco estaban recostados en los fardos de heno. Tobías se había posado en uno de los travesaños del techo. Al verlo de nuevo así sentí un escalofrío.

Ax no solía asistir a estas reuniones porque tenía que transformarse en humano y prefería evitarlo.

—Hola, Rachel —me saludó Marco con una mirada risueña, aunque recelosa—, ¿se puede saber dónde has estado? O mejor dicho, ¿en qué te has convertido esta vez?

Cassie le estaba cambiando la venda del ala a un cernícalo de mirada triste.

—Hola, Rachel —me saludó Cassie—. ¿Me echas una mano? Hoy no te he visto en el colegio.

Me acerqué y la ayudé a sujetar al ave que no cesaba de moverse. El pobre cernícalo intentó darme un picotazo pero estaba demasiado débil para atacar a nadie.

—Me encontraba fatal esta mañana —le comenté a Cassie—, así que me quedé en casa.

—Pero por la tarde ya te encontrabas mejor, ¿verdad? —añadió Jake—, tanto que decidiste transformarte, ¿no? Sólo por curiosidad, ¿cómo has venido hasta aquí?

Cassie terminó y se llevó al cernícalo. Entonces miré a Jake a los ojos.

—He venido volando, ¿te parece bien?

—El oso de ayer... Fuiste al zoo y adquiriste su ADN por tu cuenta, ¿verdad? —prosiguió mi primo tras lanzar una mirada a Cassie primero y después a Marco.

—Qué va... me tropecé con él por casualidad en el centro comercial.

—Muy bien —repuso Jake—, y hoy te saltas las clases y te da por convertirte en tú sabrás qué.

<En águila —informó Tobías—. Esta tarde he visto a un águila flotando en las corrientes ascendentes. Tenía que habérmelo imaginado, porque estuvo volando demasiado tiempo, actuaba más bien como un ratonero. Un águila de verdad no habría tardado tanto en posarse.>

—Me encanta saber que respetáis mi intimidad —repliqué con sarcasmo.

<Eso ocurrió sobre el mediodía más o menos —continuó Tobías—. Has venido hasta aquí convertida en águila, eso significa que has tenido que volver a tu estado

natural y transformarte de nuevo, porque se tarda más de dos horas en llegar hasta aquí.>

—Vaya, que te has pasado la tarde de una transformación a otra, ¿no? —me preguntó Jake con aspereza.

—Sí, mamá —contesté.

Jake se incorporó y se plantó justo delante de mí, a tan sólo unos centímetros.

—A mí no me vengas con tonterías, Rachel. No sé qué te pasa pero últimamente estás muy rara. Lo que tú hagas es asunto de todos, porque si cometieras una estupidez todos pagaríamos las consecuencias. Te vas tan tranquila y adquieres el ADN de un oso gris, tú solita, sin ayuda de nadie. Podrías estar muerta.

—¿Y qué? —le contesté con brusquedad—. Ya oíste lo que dijo el ellimista. La suerte está echada. Hemos perdido la batalla contra los yeerks, por lo tanto, ¿qué más da? Y, ¿a quién le importa si yo hago novillos en el colegio y me paso el día entero volando?

—No sé, Rachel —replicó Jake con gesto abatido—, ya no me quedan respuestas. Estoy harto de estrujarme los sesos en busca de respuestas, así que tú verás. Ni quiero discutir contigo ni sé qué mosca te ha picado...

Nunca había visto a Jake tan cansado. Un minuto antes era el Jake de siempre, fuerte, razonable, el líder de los animorphs, de pronto, se vino abajo. Parecía agotado, con los ojos enrojecidos y sin parar de pestañear, como si el solo hecho de respirar la supusiera un esfuerzo tremendo.

—Mi padre quiere que me vaya con él a vivir a otro Estado —anuncié al fin.

Mis amigos me observaron fijamente, sin acabar de comprender, y en sus ojos se leía el cansancio, el mismo cansancio que había advertido en los ojos de Jake.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó Cassie.

—No tengo tiempo para pensar en eso ahora. Como si no tuviera otros asuntos más importantes de los que ocuparme. No sé, el destino del planeta Tierra y de la raza humana, por ejemplo.

—Cada uno tiene sus propias preocupaciones —añadió Cassie—. Yo sé lo que sientes por tu padre.

—¡Es un egoísta por cargarme a mí con esa responsabilidad! —exclamé elevando la voz—. Bueno... ya sabéis lo que quiero decir.

Fue una sensación muy rara porque de repente sentí que me ahogaba, como si de un momento a otro fuera a explotar y todo a mi alrededor empezara a dar vueltas.

—Y qué... ¿qué se supone que debo hacer, eh? —grite—. Después de lo que sucedió anoche... después de todo eso, encima tengo que decidir a quién quiero herir, ¿a mi madre, a mi padre o a vosotros? Y...

—Venga, Rachel —me animó Marco con dulzura—, relájate. Tú eres Xena...

—¡No, no y no! Yo no soy ninguno de esos héroes que salen por la tele, y

tampoco un personaje de cómic, Marco. Tengo miedo, ¿vale? Igual que vosotros. Me da pánico pensar en lo que me podía haber ocurrido anoche. Cada vez que pienso en ese sitio se me hiela la sangre. Tengo miedo de lo que me pueda pasar. Lo único que quería era esfumarme, desaparecer, pero no me pareció bien, así que fui valiente porque eso es lo que se supone que tengo que ser. Y ahora resulta que a todos les da por decir: «Vente a vivir conmigo. Iremos a ver partidos de béisbol» u «Olvida eso de irte a vivir a otro Estado, nosotros tenemos un planeta entero para ti». Y cuantas más salidas veo más miedo me entra.

Nadie habló durante un buen rato.

—He estado dándole vueltas —Marco suspiró profundamente— y he decidido cambiar mi voto. Si el ellimista vuelve a hacer otra oferta, voy a votar sí.

—¿Qué? —exclamó Jake—. ¿Por qué?

—Rachel ha tirado la toalla —dijo Marco encogiéndose de hombros—. Si esto le pasa a ella, ¿cuánto tiempo vamos a durar los demás?

—¡Cállate, Marco! No estoy para bromas —refunfuñé.

—Yo tampoco —replicó Marco sin inmutarse—. ¿Sabes cuánto he dormido esta noche? Una hora más o menos. Y todo ese tiempo he tenido pesadillas. Esta mañana parecía un zombie en el colegio. Me siento como si me hubieran rascado todo el cuerpo con papel de lija. Estoy nervios y me sobresalto por cualquier cosa. Tengo miedo.

—Al final terminará por ocurrir —añadió Jake.

—Si es que desde el principio ha sido una locura —prosiguió Marco—. ¿Un puñado de críos enfrentándose a una invasión de extraterrestres? ¿Y qué hemos conseguido hasta ahora? Tobías se ha quedado atrapado en el cuerpo de un ratonero y a Rachel le da por transformarse en animales para huir de sus problemas. La otra noche me desperté y ni siquiera sabía qué era. No estaba seguro de tener manos, aletas, zarpas o garras. Puede que a ti y a Cassie no os afecte, Jake, pero lo dudo mucho.

—No podemos rendirnos —insistió Jake, tozudo.

—Hasta ahora no hemos ganado ni una sola vez —protestó Marco—. Sí, molestamos un poco a los yeerks, les volamos una nave, hemos conseguido lagunas pequeñas victorias, pero la invasión continúa y lo único que hemos conseguido ha sido salvar nuestras vidas, y eso por los pelos. Somos un equipo de béisbol que siempre sale derrotado. El ellimista tenía razón, sabemos que vamos a perder la temporada y que jamás llegaremos a la final.

—No me importa —respondió Jake—. Yo no me doy por vencido.

—Jake —intervino Cassie—. ¿Ves esto? —le enseñó su brazo izquierdo y mostró una cicatriz situada un poco por encima de su muñeca—. Me lo hizo un mapache que había caído en una trampa. Tenía una pata rota. Intenté liberarlo para salvarlo y me

mordió.

—No somos mapaches —replicó Jake.

—¿Ah, no? ¿No te parece que hay cierto paralelismo? —insistió Cassie—. ¿Y si tuviera razón? ¿Y si estuviera intentando salvar por lo menos a una parte de la raza humana? ¿Y si lo único que pretende es sacarnos de la trampa y recomponernos los huesos rotos?

—Cassie tiene razón —corroboró Marco—. Si el ellimista quisiera hacernos daño, podría acabar con nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Lo sabéis tan bien como yo. Así que yo le voy a permitir que saque mi pata de la trampa, aunque antes impondré algunas condiciones. Yo decido a quién me llevo, y si él está de acuerdo en salvar a esas personas, entonces aceptaré.

Marco me miró y después lo hicieron Jake, Cassie y Tobías. Los votos eran dos contra dos, y sólo faltaba yo por votar. Mi voto sería el decisivo.

Si aceptaba la oferta, se acabarían los enfrentamientos. Además, allá donde nos llevara el ellimista, no habría ciudades a donde mi padre tuviera que trasladarse a causa de un nuevo trabajo, y yo no tendría que tomar una decisión difícil.

Abrí la boca y cuando iba a pronunciar me...

OS PROMETÍ QUE OS LO PREGUNTARÍA DE NUEVO.

—Oh, oh —exclamó Marco.

OS ENSEÑARÉ ALGO PARA QUE COMPRENDÁIS.

OS ENSEÑARÉ ALGO PARA QUE COMPRENDÁIS.

En un momento estábamos lejos del granero. Nosotros cinco y Ax fuimos trasladados a otro lugar. Aparecimos en medio de un campo desolado en el que tan sólo crecían unos cuantos hierbajos raquíuticos. A los lejos se distinguían una hilera de edificios bajos, alargados y destartalados.

Al ellimista no se le veía por ningún lado. Éramos las únicas personas allí: cinco humanos y un andalita, sí, cinco humanos auténticos.

—¡Tobías! —exclamé.

—Sí —me contestó contemplando sus manos—, otra vez igual que antes.

Jake parecía enfadado, Cassie radiante de alegría, y Marco trataba de sonreír con aplomo, pero no le salía. Ya nadie estaba cansado.

Ax peinó el suelo con sus delicadas pezuñas y estiró su extraña cola, preparándola para utilizarla en cualquier momento.

—Otra vez el ellimista —informé—. ¿Habéis oído que...?

—Sí, sí, lo hemos oído —repuso Jake—. Tenemos otra oportunidad para cambiar de opinión.

—¿Dónde estamos? —preguntó Cassie—. Esto me suena, pero no alcanzo a situarlo.

Yo tenía la misma impresión. Aquel paisaje vacío, polvoriento y maldito me resultaba muy familiar. Fue Tobías el que dio en el clavo.

—Es el colegio —apuntó.

—¿Qué? —repliqué—. ¿Qué dices? —pero mi amigo tenía razón. Observé con detenimiento y comprobé que, en efecto, conocía cada uno de aquellos edificios medio derruidos.

—Esto no me gusta nada —advirtió Marco—, ni siquiera un poco. Mi sueño siempre ha sido que la escuela volara por los aires, pero esto me da muy mala espina.

—¿Cuándo ha ocurrido? —me pregunté en voz alta—. Me salto un día de clases y el colegio se desploma.

—Creo que te equivocas —corrigió Cassie con un tono de voz extraño, como distraída—. Yo diría que esto todavía no ha sucedido, no estamos conociendo el tiempo pasado, sino el futuro.

—O simplemente el tiempo —murmuró Marco.

Estudí a Cassie mientras me preguntaba de qué diablos estaba hablando. Mi amiga contempló absorta el cielo durante un momento y después dirigió su mirada hacia el horizonte.

—Mirad el cielo —nos indicó Cassie—. ¿Habéis visto alguna vez ese color?

—Está como amarillento, ¿no? —afirmó Jake.

—¿Y el aire? ¿No huele un poco raro? Fijaos, los árboles de detrás del gimnasio se están secando.

—El elimista dijo que quería enseñarnos algo —recordé—. Me gustaría saber de qué se trata. Ax, ¿tú entiendes algo?

<Percibo una distorsión de la dimensión tiempo pero no sé qué significa.>

—Estamos en el futuro —concluyó Cassie.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Habría dado cualquier cosas porque mi amiga hubiera perdido la razón, sin embargo sabía que decía la verdad.

—¡Bieeen! —celebró Marco—, y ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Quedarnos aquí sentados esperando que vuelva el elimista?

—Podemos explorar la zona —sugirió Jake al tiempo que se encogía de hombros—. El centro comercial no queda muy lejos y a esta hora seguro que está abierto.

Echamos a andar y atravesamos el campo desolador, bajo un cielo amarillo que al juntarse con el azul producía parches y trazos de color verde, algo que jamás había visto en ningún cielo.

Al pasar al lado del edificio del colegio, no pudimos evitar asomarnos por los agujeros de la pared para ver si todavía quedaba algo en pie.

—¡Aaaahhhh! —chilló Marco dando un paso hacia atrás.

Me acerqué para mirar por el agujero y vi una clase. ¡Dios mío!, sobre la mesa del profesor había un esqueleto completamente deshecho.

—¡Qué horror! —exclamó Cassie en voz ahogada—. No se han molestado ni en enterrar el cadáver.

—Ésa es la clase de Paloma —informé—, la clase de Historia.

Entonces empecé a comprender. Debía de haber transcurrido mucho tiempo porque de aquella persona sólo quedaba el esqueleto, y se necesitaban años para que un cuerpo se descompusiera así.

—Cassie tiene razón —añadió Marco—. Estamos en el futuro, cosa que, por otra parte, me parece imposible.

<Imposible para los humanos —corrigió Ax—, pero no para los elimistas.>

—Ahora lo entiendo —añadí irritada—. Intenta darnos una lección. El elimista nos está enseñando el futuro. ¡Qué encanto! y ¡qué listo! De todas maneras, ¿cómo podemos estar seguros de que esto es el futuro de verdad, y no una trampa?

—Vamos hasta el centro comercial —insistió Jake—. Aquí hay gato encerrado.

Dejamos atrás el colegio. Yo intentaba no pensar de quién sería aquel cuerpo: ¿de algún profesor, o tal vez de algún alumno, o quizá de alguien que se encontraba en el lugar equivocado y el momento más inoportuno?

—¿Y si vamos a la librería del centro comercial? Buscamos un almanaque del año que sea, comprobamos quién ha ganado las Super Bowls, y después volvemos a nuestro tiempo y nos hinchamos de hacer quinielas. Nos haríamos de oro.

Fingí una risa que más bien sonó como un gruñido. Teníamos que animarnos y, desde luego, Marco lo estaba intentando.

Llegamos a la autopista. Los ocho carriles de asfalto estaban desiertos, no había coches ni camiones por ningún lado. A lo lejos se distinguían los restos oxidados de un coche siniestrado y unas manos blancas y huesudas al volante. Mejor no acercarse.

De pronto, creí ver una especie de destello muy intenso en dirección este. Brillaba una línea recta desde el lejano horizonte hasta un punto mucho más cercano a nosotros. Entorné los ojos para verlo mejor.

—Lástima que no dispongamos ahora de tu vista de ratonero —le confié a Tobías en un susurro.

—Es un tubo, creo, un tubo muy largo y de cristal. ¡Mirad! Algo está bajando de su interior.

<Yo diría que es un medio de transporte —informó Ax mirando fijamente el tubo con sus cuatro ojos—. Imagino que esa especie de tubo de cristal es capaz de recorrer miles de kilómetros y dispone en su interior de algo parecido a vuestros trenes, sólo que más rápidos. Podrían alcanzar una velocidad de unos doscientos kilómetros por hora de los vuestros.>

—Y de los tuyos también —le corrigió Marco—, te recuerdo que estás en la Tierra, Ax. Los kilómetros son iguales para todo el mundo.

<Y ¿qué hay de esos países que usan millas en lugar de kilómetros —preguntó Ax divertido—. ¿Veis? Voy aprendiendo.>

—Resumiendo, se trata de un nuevo tipo de trenes de alta velocidad —dedujo Jake—, por eso no hay tráfico en las autopistas.

—Me pregunto quién inventó ése sistema —señalé.

Al cabo de un rato llegamos al centro comercial que, por cierto, había cambiado bastante.

—¡Dios mío! —exclamó Marco—. ¡Fijaos en eso! ¡No es posible!

El centro comercial estaba en pie y todavía se distinguía el cartel de la tienda Sears. Pero en cuatro de los grandes almacenes habían perforado a ambos lados de la puerta unos agujeros perfectamente redondos y con un diámetro de casi dos metros. En la tienda Penney's, al igual que en Sears, había unos seis o siete agujeros de los que salían taxxonitas. Salían y entraban de los agujeros constantemente, bajando por la parte hasta el suelo, para luego volver a subir hasta el tejado del edificio. Algunos transportaban cajas con un embalaje plateado desde una nave voluminosa pero de muy poca altura que se hallaba estacionada en el aparcamiento. Estaban descargando como si fuese un camión.

—¡Si parece una colmena! —exclamó Cassie—. Hacen lo mismo que las abejas y las hormigas. El centro comercial está plagado de esas sabandijas, lo han convertido en una colmena de taxxonitas.

—Así será el futuro si los yeerks ganan —reflexioné—. Los taxxonitas se han apoderado del centro comercial, se acabaron las rebajas.

Me estaba haciendo la dura, intentaba disimular la gran impresión que aquello me había producido. Pero era inútil. La cruda realidad era que había unos gusanos que superaban en tamaño a un humano adulto entrando y saliendo por los agujeros del centro comercial; que había esqueletos desparramados sobre las mesas de lo que un día había sido un colegio, y esqueletos asidos a los volantes de coches oxidados.

El aire estaba enrarecido, el cielo ya no era el mismo al que estábamos acostumbrados y los árboles se morían.

Dimos la vuelta al centro comercial y reparamos en que el tren tubular tenía parada en ese punto. El tubo de cristal se elevaba unos seis metros por encima de la superficie, como el monorraíl de Disneyworld. Parecía no tener suficientes soportes para mantenerse colgado allí arriba.

En la parte exterior del centro comercial descubrimos un conducto que se elevaba y comunicaba con el tubo. Un taxxonita se introdujo en el conducto y fue transportado hasta una plataforma adyacente al tubo.

—Mejor será permanecer lejos de los taxxonitas —sugirió Tobías.

—¿Por qué? —Marco hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Es que no lo entendéis? Los yeerks han ganado y todos los humanos han sido convertidos en controladores, así que los taxxonitas asumirán que nosotros también lo somos.

—Tienes razón —reconoció Tobías—, podemos ir donde queramos. Además, no creo que el ellimista nos haya traído hasta aquí sólo para que nos maten.

Lo que decían tenía cierta lógica y eso me tranquilizó, pero seguía habiendo algo en todo aquello que no me olía nada bien.

<Me voy a transformar en humano —nos comunicó Ax—. Es posible que los yeerks estén acostumbrados a los controladores humanos, pero dudo mucho que hayan visto alguna vez a un controlador andalita, a excepción de Visser Tres, claro.>

—¿Estás seguro? —preguntó Marco—. Quizás en el futuro los yeerks hayan dominado también a los andalitas.

<Jamás>, replicó Ax bruscamente y, poco a poco, comenzó la metamorfosis.

—Subamos al tren —sugerí—, a ver hasta dónde nos lleva.

—Perdona, pero creo que no he oído bien —se burló Marco—. ¿Que nos subamos en la versión yeerk del Amtrak, el vehículo anfibia de nuestros tiempos?

—Tú mismo lo has dicho —le recordé, y me encogí de hombros—. Pensarán que somos controladores y además, el ellimista no nos habría traído hasta aquí sólo para matarnos.

—Es una lástima lo que han hecho con el centro comercial —confesó Ax, ya casi

por completo humano—. Tenían unos manjares exquisitos. Exqui-sitos. Exquisitos. El ellimista nos ha mostrado las maravillas de vuestras especies y de vuestro planeta, pero no mencionó el sentido del gusto, ni los bollos de canela. Canela. Ni de los de chocolate tampoco.

—Sí, tenemos que salvar por todos los medios a esa especie que sabe hacer bollos de canela calentitos —bromeé—. Venga, vamos allá.

Nos dirigimos hacia el conducto y, cuando ya nos estábamos aproximando, un taxxonita pasó a nuestro lado y se nos adelantó. Corría para llegar antes que nosotros, como es típico entre los usuarios de los medios de transporte. Aparte de eso, no nos prestó ninguna atención especial.

—¿Quién hubiera dicho que los yeerks también tienen hora punta? —murmuró Marco entre dientes.

—¡Chist! —le interrumpió Jake—, recuerda que ahora somos controladores, no humanos normales.

El taxxonita llegó al conducto antes que nosotros, se introdujo por la amplia apertura y acto seguido fue ascendido hasta la plataforma.

Ninguno se atrevía a dar el paso, así que me adelanté y en unos segundos estaba sobre la plataforma. Los otros me siguieron de inmediato.

Nos encontrábamos a unos seis metros del suelo y desde aquella altura gozábamos de una vista panorámica. Le di un codazo a Tobías. Habían construido un pequeño estanque yeerk en el tejado del centro comercial, justo donde solía estar el restaurante. El estanque era poco profundo y de aguas viscosas. Una docena de taxxonitas descansaban alrededor de él, como si estuvieran tomando el sol.

En aquel estanque no había jaulas porque los taxxonitas eran portadores voluntarios. Otra de las muchas razones para detestarlos; al menos los hork-bajir se habían resistido.

De repente, y tras una fuerte corriente de aire, otra plataforma descendió por el tubo de cristal hasta detenerse frente a nosotros. El taxxonita se subió rápidamente y nosotros lo imitamos.

La plataforma en la que nos montamos no estaba cerrada como el vagón de un tren, sino abierta en la parte delantera y en la trasera. Había unos veinte asientos, la mitad de ellos ocupados por controladores humanos. Al fondo se distinguía una zona abierta hacia donde se encaminó el taxxonita. En la parte de delante descubrimos unas sillas más grandes, hechas de acero y sin ningún tipo de recubrimiento. Estos últimos asientos debían de estar reservados para los hork-bajir. En total habría sitio para unos cuatro hork-bajir, dos o tres taxxonitas y veinte humanos, más o menos.

Deduje pues que había muchos más humanos que taxxonitas y hork-bajir, así que pasaríamos desapercibidos.

El tren se puso en marcha y se deslizó veloz como una bala por el túnel de cristal.

Avanzaba sin tropicónes, con suavidad, ni siquiera se dejaba sentir una ráfaga de aire, y eso que nos movíamos a una velocidad de vértigo.

Por lo general, para ir desde el centro comercial hasta el centro de la ciudad se tardaba media hora en autobús, a nosotros aquel día nos llevó minuto y medio en el nuevo tren.

Jake me lanzó una mirada para indicarme que nos bajábamos en la siguiente. Nos levantamos y nos apeamos del tren.

—¡Caray! ¡Qué velocidad! —comentó Marco.

—Es mucho más rápido que el autobús —añadí.

Nos resultaba muy extraño caminar por las calles del centro. Rascacielos enteros habían desaparecido y los que seguían en pie tenían agujeros para los taxxonitas. Miré hacia la parte superior de uno que había sido la oficina central de un banco y tenía más de treinta plantas, y había taxxonitas escalando por los costados.

El edificio más alto de la ciudad era la Torre EGS, de sesenta plantas, que todavía se conservaba casi intacto. No obstante, por alguna razón, las dos últimas habían desaparecido y en su lugar se destacaba una cúpula de cristal que, cuando la leve luz del sol caía sobre ella, parecía un faro.

Humanos y hork-bajir caminaban por las calles codo con codo, pero no se veían multitudes. Daba la impresión de que la ciudad estaba mucho más vacía de lo habitual.

Doblamos una esquina y nos quedamos paralizados.

—¡El estadio! —exclamé—, ¡ha desaparecido! ¿Recuerdas, Cassie? Aquí vinimos a ver el circo.

—El estadio, los grandes almacenes, el edificio que tenía una enorme antena en lo alto... todos han desaparecido —añadió Marco—, se los ha tragado la tierra.

En su lugar había un estanque yeerk de grandes dimensiones. Más bien parecía un lago, podrías cruzarlo en una moto de agua sin llamar la atención.

De ancho sería tres veces un campo de béisbol a lo largo, quizá cuatro, y a su alrededor se apiñaban montones de jaulas, igual que aquel estanque yeerk subterráneo que tan bien conocíamos.

Sólo había una diferencia, los humanos y hork-bajir encerrados no pedían auxilio. Lloraban, sollozaban y, sobre todo, miraban al vacío, pero no pedían auxilio. Sabían que nadie vendría en su ayuda, que ya no les quedaba esperanza.

Los seis nos quedamos allí plantados, con la mirada perdida, y justo en ese momento, un controlador humano que pasaba a nuestro lado me empujó sin querer.

—Perdón —me excusé con tono irónico. Un error, lo supe nada más decirlo.

—La mujer se detuvo y se acercó a nosotros.

—¿Qué has dicho? —me preguntó.

—Nada —contesté.

—¿Cómo te llamas? —insistió sin dejar de observarme.

Yo sabía que no podía limitarme a contestar «Rachel», no funcionaría. Ella quería saber mi nombre yeerk. Empecé a ponerme nerviosa, los músculos de mi cuerpo se tensaron, preparados para un enfrentamiento.

—Su nombre no es asunto tuyo —replicó Tobías.

—¿Ah, no? —se mofó la mujer—, y ¿se puede saber por qué? Sois espías, ¿verdad? Eso es, espías.

Su nombre no es asunto tuyo —repitió Tobías—. Pero tal vez sí te interese conocer el nombre de mi compañero —señaló a Ax—. Se llama... Visser Tres.

—¿Visser Tres? —repitió la mujer sin acabar de creérselo.

Yo no entendía nada. ¿De qué estaba hablando Tobías? ¿Por qué había dicho que Ax era Visser Tres?

Por suerte, Ax había reaccionado con rapidez y empezó a transformarse.

En cuanto le salieron las antenas oculares la mujer comenzó a temblar.

—Pero... pero... habéis dicho que era Visser Tres, y el único que tiene cuerpo andalita es Visser Uno.

¡Estupendo! Visser Tres había sido ascendido.

—Claro —intervine—, pero en los viejos tiempos, cuando éramos amigos y hermanos en la lucha, le llamábamos Visser Tres.

—Yo... nosotros... nadie nos ha comunicado su visita a la Tierra, Visser —balbuceó la mujer.

La pobre mujer temblaba como un flan. Era evidente que la reputación de Visser Tres no había mejorado con los años.

Ax ya había completado su metamorfosis, lo cual había atraído la atención de numerosos controladores, que se pararon en mitad de la calle a contemplar perplejos y aterrados la escena.

—Si lo hubiera sabido... —gimoteó la mujer—, jamás habría...

<¡Silencio! —ordenó Ax gesticulando para indicarle a la mujer que se callara—. Haces bien en mantenerte alerta. De no haber sido así, habría acabado contigo por estúpida. Ahora, ¡lárgate!>

—¡Sí, mi Visser!

La mujer desapareció a toda prisa.

Allí nos quedamos, plantados en mitad de la calle, y mirando embobados el estanque yeerk, mientras que un montón de controladores nos observaban boquiabiertos.

—Me temo lo peor —advirtió Marco—, la noticia de que Visser Tres está aquí se va a extender como la pólvora y alguien acabará por descubrir la verdad.

—Y ahora ¿qué? —se preguntó Jake—. ¿Cuánto tiempo pretende el ellimista que permanezcamos aquí?

—Hasta que nos convenzamos de que tiene razón —contestó Tobías.

—Tiene que haber algo más que él quiere hacernos ver —observó Cassie sin poder disimular su desconcierto.

Yo esperaba que mi amiga dijera algo como: «Veis, ¿qué os dije? Esto es el futuro». Sin embargo, su mirada parecía indicar que algo le rondaba la cabeza y que no lo acababa de comprender.

—¿Qué? —le pregunté.

—No sé —contestó Cassie encogiéndose de hombros—, presiento que aquí está pasando algo que de momento se nos escapa.

El estanque rezumaba actividad. Los controladores iba y venían; los portadores eran hacinados en jaulas y sacados cuando les llegaba el turno. Había una continuada procesión de gente por los seis embarcaderos, donde tenía lugar la carga y la descarga de los gusanos. Por encima de todo aquello se erguía la Torre EGS, coronada por la cúpula de cristal.

—¿Por qué habrán construido un estanque aquí? —me pregunté en voz alta—. Hay muchos espacios abiertos, ¿por qué molestarse en derrumbar los edificios que había aquí? No creo que lo hayan hecho por sus vistas.

—Me pregunto en qué año estaremos —dijo Marco—. ¿En el año que viene? ¿Dentro de diez o veinte años?

Oí un zumbido procedente del cielo, un caza-insecto descendió, rodeó la Torre EGS y aterrizó a un lado del estanque.

No sé por qué, pero me sentía atraída hacia aquella nave, tal vez se tratara de una especie de impulso instintivo o, quizá simplemente el elimista quería mostrarme algo. Fuera lo que fuese, el caso es que me dirigí sin vacilar hacia el caza-insecto.

—¡Eh! —gritó Jake—, pero ¿qué haces?

—Vosotros quedaos atrás —les ordené.

—No te preocupes —añadió Marco y señaló hacia Ax—, Visser Tres está con nosotros, perdón, quiero decir Visser Uno. Por cierto, enhorabuena por el ascenso.

Ax se adelantó pavoneándose, imitando al poderoso y terrible Visser.

Según nos íbamos acercando al estanque, la multitud de controladores humanos, hork-bajir, taxxonitas y otras especies inclasificables que jamás habíamos visto iba abriéndonos paso. Nadie deseaba molestar a Visser lo más mínimo.

Caminamos con paso decidido hacia el caza, como si fuéramos los amos del universo, y cuando nos encontrábamos a menos de un metro de él, la puerta se abrió.

Ax y yo nos detuvimos, y los otros se agolparon detrás de nosotros. Sentí un hormigueo por todo el cuerpo y se me puso la carne de gallina. Presentía que algo estaba a punto de suceder, algo asombroso y terrible al mismo tiempo.

Entonces descendieron del caza dos seres, un humano y un andalita. Identifiqué enseguida al andalita, ya nos habíamos visto las caras antes, y todos sentimos aquel oscuro pavor que de él emanaba. Se trataba ni más ni menos que del mismísimo Visser Tres.

Al ver a Ax al lado de Visser Tres, la multitud de controladores de inmediato apreció la diferencia. Visser Tres tiene cuerpo de andalita pero su maldad lo hace único.

<Bien, bien —dijo Visser Tres dirigiéndose a la persona que tenía a su lado—. Puntual, tal y como dijiste.>

Observé al humano, una mujer bastante guapa de unos veinte o veintidós años, pelo rubio y corto, sin maquillar y vestida con ropa discreta.

Por un momento se me cortó la respiración. Me dio un vuelco al corazón y me costaba trabajo tragar.

—Hola, Rachel —me saludó la mujer.

—Hola, Rachel —contesté.

Era yo. Yo, tal y como sería en el futuro.

—Sabía que acudirías —añadió la otra Rachel—, al fin y al cabo yo he sido tú. Una vez yo estuve donde estás tú ahora, tenía tu mismo aspecto y también me vi tal y como sería en el futuro.

Hablaba con calma, pero sus ojos pasaban inquietos de Ax a mí.

<¡Ojalá me hubiera enterado antes de que erais humanos y no andalitas! —se lamentó Visser Tres—. Me habéis tenido engañado durante mucho tiempo, pero por fin os hemos atrapado.>

Para mi sorpresa, y teniendo en cuenta todo lo que estaba ocurriendo, yo estaba tranquila, allí, cara a cara con Visser Tres, ahora Visser Uno, cara a cara con mi propio futuro.

—Eres un controlador, ¿verdad? —le pregunté a mi futuro.

—Pues claro —contestó la mujer con una sonrisa cruel, muy diferente a la mía—. Nosotros ganamos la batalla y aunque nos disteis mucho trabajo, al final os derrotamos. Este planeta es hoy territorio yeerk y se ha cumplido el destino de la raza humana, convertida ahora en portadora de la raza yeerk.

—Si tanto sabéis, decidme, ¿cómo hemos llegado hasta aquí, hasta el futuro? —preguntó Marco.

<Gracias a un ellimista —respondió Visser Tres—. En vuestro tiempo real os veis obligados a tomar una decisión. El ellimista os ha enviado a vosotros, seis humanos... quiero decir, cinco, y un andalita, para mostraros el futuro, y muy pronto os devolverá a vuestro tiempo.>

—¿Qué decisión tomamos? —pregunté.

—La correcta, por supuesto —contestó la otra Rachel esbozando su cruel sonrisa—. Todo ha salido como estaba previsto.

—¿Ah sí? —replicó Jake desafiante—, yo no estaría tan seguro. El ellimista nos ha enviado hasta aquí para que tomemos una decisión. ¿Qué pasaría si al volver a nuestro tiempo decidimos aceptar su oferta? Entonces, Rachel no seguiría en la Tierra y no sería convertida en controlador, sino que viviría con nosotros en el planeta que el ellimista nos tiene asignado.

Observé fijamente a la mujer para recoger cualquier indicio de reacción por su parte, pero no se inmutó lo más mínimo. Sin embargo, yo tenía la sensación de que escondía algo.

—Sabéis lo que decidimos y, sin embargo, estáis aquí —concluí—. Así que, una de dos, o habéis venido hasta aquí para hacernos cambiar de opinión... Pero no, porque entonces todo esto sería diferente... No, estáis aquí porque vuestra presencia provoca mi decisión.

<Complejo, ¿no? —se burlón Visser Tres—. No sé cómo se las apañan los ellimistas para aclararse con todo este asunto.>

—Vámonos de aquí —ordenó Cassie de repente—, no me gusta este sitio y menos todavía estos dos... seres.

—Pero, Cassie, soy tu mejor amiga —le recordó mi doble con sarcasmo.

—De eso nada, tú eres un yeerk, y seguro que Rachel sigue viva en algún lugar de tu mente.

Cassie se dio la vuelta para marcharse, pero al hacerlo tropezó conmigo y me hubiera caído de no haber sido porque la Rachel adulta se interpuso y me agarró de un brazo con firmeza.

Ax pensó que la mujer me atacaba y en un abrir y cerrar de ojos chasqueó la cola y la acercó al cuello de ésta. El extremo cortante de la cola temblaba sobre la garganta de la mujer, a la que casi se le salían los ojos de las órbitas.

La Rachel adulta lanzó una mirada a Visser Tres y, para mi sorpresa, éste no se movió. Era como si no supiera qué hacer. Entornó los ojos, miró a Ax, después a la Rachel adulta y por último a mí.

—Esto no estaba en el guión, ¿verdad? —dije. De repente entendí lo que estaba ocurriendo—. Esto no estaba previsto, algo ha cambiado. Es Ax, ¿verdad? Antes has dicho «seis humanos», eso era exactamente lo que esperabas encontrar, eso fue lo que Rachel te dijo, pero el futuro ha cambiado y hay algo que no cuadra.

Visser Tres me lanzó una mirada iracunda y abandonó por completo su falso tono cortés.

<¿Sabes lo que hice cuando por fin os atrapé a ti y a tu pandilla de animorphs? ¿Sabes lo que hice? Os confié a cada uno un teniente y, una vez que estuvisteis todos en mi poder, cuando fuisteis míos, maté a vuestro amigo pájaro y lo asamos. Estaba duro y fibroso —prosiguió mientras se aproximaba a mí—, pero le añadimos una de vuestras salsas, «salsa barbacoa» creo que se llama y tu amiguito estaba delicioso. Si mal no recuerdo, tú te comiste un muslo y te reíste.>

Sentí unas ganas incontrolables de convertirme en oso y aplastar a Visser, pero había cientos de controladores a nuestro alrededor y podrían atacarme durante el proceso de transformación.

<Visser no puede hacernos daño —apuntó Ax, que todavía mantenía la cola contra la garganta de la mujer—. No puede tocarnos porque, si lo hace, cambiaría la historia y no sabría cuál sería el final.>

—¡Has dado en el clavo, Ax! —exclamó Jake. Entonces, intercambiamos una mirada. Los ojos del andalita echaban chispas—. No puede hacernos daño, en cambio nosotros...

—¡Uno a cero! —exclamé al tiempo que me concentraba en el oso—. Así que mataste a mi amigo Tobías y lo asaste al fuego, ¿eh, Visser?

Estaba empezando a cambiar, y Jake también.

<¡Dispongo de cientos de hork-bajir a los que puedo llamar!>, amenazó Visser Tres.

—¿Y a qué esperas? —le incitó Marco—. Quizás a alguno de ellos se le vaya la mano con la pistola de rayos dragón y mate a uno de los nuestros. ¿Cómo crees que eso afectaría al pasado? Difícil de saber, ¿no?

Me habían salido las garras y el áspero pelaje cubría casi la totalidad de mi cuerpo. Empezaba a sentir aquella inyección de fuerza animal en el cuerpo, cada vez ya menos humano.

—Visser, ¿qué hacemos ahora? —preguntó crispada Rachel adulta.

—¿Que qué hacemos? —repitió Visser—. Nada. Yo me retiro.

El Visser empezó a retroceder, pero yo no estaba dispuesta a dejarlo marchar así como así. Después de todo el sufrimiento y el dolor que esa maldita bestia había ocasionado, iba a tenerlo por fin entre mis garras. Era mi ocasión puesto que Visser se hallaba indefenso.

No esperé a que desaparecieran todos mis rasgos humanos, ya era lo bastante fuerte, y sin dudarle un instante le atacué. Los osos son muy grandes y parecen un poco torpes, pero pueden llegar a ser muy rápidos.

<¡A ver ahora quién se come a quién, sabandija!>

Eché a correr hacia él, que se giró dispuesto a huir. Demasiado tarde. Lo embestí. Una mole de cuatrocientos kilos le cayó sobre uno de los costados y lo derribó violentamente.

Moví una de mis enormes zarpas hacia atrás, la agité en el aire para tomar impulso y golpearlo con todas mis fuerzas. De pronto, mi mano, mi mano humana, rozó el tronco de un árbol.

—¡Aaahhhh!

Volvía a ser humana y me encontraba en el bosque que hay detrás del granero de Cassie. Mis amigos estaban también allí. Tobías había recuperado su forma de ratonero y se había posado en una rama, justo encima de nosotros.

—¡No puede ser! ¡Estoy harta! —grité y golpeé el árbol con rabia—. ¡Maldita sea! ¡Ya casi era mío!

—No importa —me consoló Cassie mientras me pasaba su brazo sobre los hombros—, de todas formas, ese Visser no existía.

—¡Estoy harta! —repetí un poco más calmada—. ¿De qué sirve todo esto? ¿Por qué seguimos? ¿No conocemos ya el futuro? Sabemos de sobra lo que ocurrirá si decidimos quedarnos y luchar, ¿no?

Me sentía perdida, había consumido mis últimas energías. Ya no aguantaba más. Eran demasiadas cosas a la vez. Además, ¿para qué continuar? Total, nada de lo que hiciéramos iba a cambiar nuestro destino.

Me desplomé sobre la hierba y la pinaza que cubría el suelo del bosque y apoyé la cabeza entre las manos. Estaba cansada, cansada de intentar poner orden en un mundo en el que me movían hacia delante y hacia atrás como a una marioneta.

Durante un buen rato nos quedamos allí, sentados en el suelo, con la mirada perdida, pensativos, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir.

Todo había terminado. La lucha había acabado, habíamos perdido.

<Podría ser un truco del ellimista>, sugirió Ax no muy convencido.

—Imposible —negué con rotundidad—, sabes de sobra no es un truco, Ax o, por lo menos, no del tipo que tú imaginas. Si el ellimista quisiera obligarnos a hacer algo, seguro que tiene mil maneras de conseguirlo.

—Debemos analizar la situación con calma —señaló Jake con voz cansada.

—Pues adelante, Jake —repliqué encogiéndome de hombros—, yo ya estoy cansada de pensar y analizar. Estaba a punto de votar cuando el ellimista nos llevó al futuro. Estaba a punto de ser la Rachel de siempre y votar que no. Una vez más iba a mostrarme fuerte, pero ahora he cambiado de opinión, no quiero acabar siendo un controlador, yo no. Quiero impedir como sea lo que he visto. Y si para eso tengo que huir, mala suerte. Así que yo voto que sí.

¿Sabéis una cosa? Después de rendirme me sentí muy bien. Me habría gustado que no fuera así, pero lo cierto es que experimenté un gran alivio. Se habían acabado las decisiones difíciles y el peligro. Se había acabado tener que ser valiente.

—O sea que Cassie, Rachel y yo estamos a favor —informó Marco—, tres contra dos, a no ser que Ax vote.

<Yo estoy con el príncipe Jake>, dijo Ax.

<Quizá... —interrumpió Tobías—, quizá si parte de la raza humana sobreviviera en otro planeta pasaría lo mismo que con los lobos cuando los trajeron al Parque Nacional... Es decir que quizás algún día podamos volver y reconquistar la Tierra.>

—¿Tú también has cambiado de opinión, Tobías? —le preguntó Jake.

<Jake, sabes que nunca he abandonado la lucha...>

Permanecimos sentados con la mirada perdida.

Estábamos a punto de arrojar la toalla y todos lo sabíamos.

—¿Ellimista? —dijo Jake cabizbajo, hablando al aire con suavidad—. Ya hemos tomado una decisión. La respuesta es sí.

El ellimista había dicho que, una vez nos decidiéramos, seríamos transportados de inmediato. Yo esperaba respirar el aire de otro planeta en cualquier momento. Sin embargo, no ocurrió nada.

No os podéis imaginar lo raro que fue ir al colegio al día siguiente y escuchar a mi profesora, la señorita Paloma, hablar sobre la Segunda Guerra Mundial y los factores que condujeron a ella.

—Tal vez si los Estados Unidos se hubiesen preparado para intervenir mucho antes —explicó—, la guerra no habría tardado tanto en terminar y no habrían muerto tantas personas. Pero nuestro país quería la paz.

Yo me limitaba a mirarla y me preguntaba si el esqueleto que habíamos visto encima de la mesa sería el suyo. ¿Qué sentido tenía seguir yendo al colegio? ¿Para qué molestarse en hacer nada? Yo conocía el futuro y sabía cómo iba a terminar todo. La raza humana estaba condenada a desaparecer. Toda nuestra historia tenía un punto y final: el estanque yeerk.

—Quizás al querer la paz a toda costa, la situación empeoró —explicaba incansable la profesora—. Nunca podremos estar seguros, la historia no concede segundas oportunidades.

«Sólo si eres un ellimista —pensé—. Un ellimista puede mirar hacia delante y ver el futuro».

—¿Por qué no?

Era la voz de Cassie. Mi amiga se sentaba al otro lado de la clase. Miraba de forma misteriosa, igual que el día anterior, y parecía frustrada, como si hubiera algo que no acabara de comprender del todo.

—¿Por qué la historia no concede segundas oportunidades? —repitió Cassie—. Quiero decir que si pudieras volver al pasado y adelantar la intervención americana...

—Los acontecimientos están entrelazados de una manera que no siempre podemos ver, Cassie —contestó la señorita Paloma apoyándose en la mesa—. A veces los detalles más ínfimos provocan grandes cambios. Se dice que el simple vuelo de una mariposa en China puede afectar la fuerza del viento en nuestro país. Es decir, el simple vuelo de una mariposa, en principio, sólo provocaría un cambio casi imperceptible, pero éste podría crecer hasta convertirse en un tornado. El mundo no es como las matemáticas en las que uno más uno son dos. Es mucho más complejo.

Entonces ocurrió algo muy extraño, la señorita Paloma se me quedó mirando fijamente a los ojos.

—Mucho más complejo —repitió sin dejar de mirarme—: una simple mariposa... una simple mariposa... una simple mariposa...

Se me puso la carne de gallina. Toda la clase la observaba como si hubiera perdido la razón. De repente, la profesora agitó la cabeza como si saliera de un estado de trance.

—Bien —continuó con una sonrisa un tanto confundida—, ya sabéis lo que tenéis

que leer para mañana.

Sonó el timbre y di un respingo de la silla.

Cassie se abrió paso entre la avalancha de compañeros que taponaban la puerta.

—¿Has visto? ¡No me digas que no lo has encontrado raro! —me susurró Cassie al oído.

—Pensaba que había sido mi imaginación —repliqué—. Además, a estas alturas ya no sé lo que es normal. Después de haber estado esperando a que... bueno, ya sabes, a que nos vengán a buscar... no pasa nada.

—No entiendo por qué —murmuró Cassie.

Nos dejamos arrastrar por la corriente de alumnos que inundaba los pasillos hasta que llegamos a nuestras taquillas.

—Yo tampoco —contesté al tiempo que giraba la rueda del cierre de seguridad—. Hemos aceptado su oferta, eso era lo que él quería, ¿no? —la puerta de la taquilla se abrió.

—A no ser que... —empezó Cassie.

—A no ser que no fuera ésa la respuesta que esperaba —terminé yo.

—Pero no tiene sentido —añadió Cassie con el ceño fruncido—, ha hecho todo lo posible para que aceptáramos su propuesta. Aparece la primera vez cuando estábamos a punto de ser engullidos por un... —miró a su alrededor para asegurarse de que nadie nos pudiera oír—, bueno, cuando estábamos a punto de ser engullidos. ¡Venga ya! Estaba claro que íbamos a hacer cualquier cosa para desaparecer cuanto antes de allí.

—Sí —respondí—, pero vimos el conducto y pensamos que podíamos escapar por ahí. Si no hubiera sido por eso... —dejé de hablar y fijé la vista en Cassie.

—¡Él fue quién nos enseñó el conducto! —concluyó Cassie.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que pretende? Aparece cuando estamos en una situación desesperada, dice que no va a interferir, nos obliga a tomar una decisión y después nos muestra una salida. No entiendo nada.

—Entonces nos concede otra oportunidad y nos enseña el futuro, nos enseña en lo que te habrás convertido dentro de no sé cuántos años, y deducimos que en el pasado hemos debido de decidir quedarnos para luchar, pero que al final perderemos la batalla. Con lo cual, si queremos cambiar ese futuro, tenemos que decir que sí y aceptar que nos lleve a otro planeta. ¿Por qué tengo la sensación de que aquí hay algo que no encaja?

El timbre sonó de nuevo, hora de volver a clase.

—Como diría Marco, esto es de locos —concluí.

—Sí —se rió Cassie—. Ahora tengo gimnasia. Aunque en cualquier momento puedo ser barrida del mapa y aparecer en otro planeta, tengo que jugar un partido de voleibol.

La observé mientras se encaminaba hacia el gimnasio y después me apresuré hacia mi clase.

«Una simple mariposa —recordé—. Pero ¿cómo sabe la mariposa cuándo levantar el vuelo?».

Allí estaba de nuevo pegada a la lengua del taxxonita, sin poder moverme.

Esta vez no era una cucaracha, sino yo misma en mi estado natural, sólo que más pequeña. Estaba atrapada y a punto de morir.

<El estanque yeerk —explicaba Ax— es el centro de sus vidas. Es casi su religión.>

Me retorció en una lucha desigual para liberarme, presa de la desesperación. Intenté incluso convertirme en oso, pero no funcionó. Todo cuanto podía hacer era mover mis alas de mariposa.

«Nos enseñó el conducto». La voz de Cassie resonaba en mi cabeza.

Revoloteaba sin parar por oscuros pasillos, persiguiendo una luz que no se acercaba pero que tampoco desaparecía.

«La kandrona —pensé en el sueño—, esa luz es la kandrona».

«El centro de sus vidas, casi una religión».

<El estanque yeerk no. El centro de sus vidas es la kandrona, su luz.>

«¡Él fue quien nos enseñó el conducto!», repetía Cassie convertida en señorita Paloma.

Abrí los ojos de repente y me incorporé. Nunca antes me había sentido tan despierta y despejada. Era como si mi cuerpo desprendiera electricidad.

—¡Ajá! —exclamé en la oscuridad de mi habitación—. ¡Bingo!

Entonces dudé por un momento. ¿Me habría vuelto loca? ¿Sería aquello fruto de la desesperación? Lo volvía a analizar todo detenidamente.

—¡Ya los tenemos! —exclamé en un susurro—. ¡Por fin, ya son nuestros esos asquerosos gusanos!

Me quité a toda prisa la camiseta que usaba para dormir, me puse la ropa de las transformaciones y abrí la ventana. ¡Alto! ¡Tenía que pensar...! Dentro de unas horas sería sábado, no habría colegio, y si mi madre no me encontraba en la cama se preocuparía... Le escribí una nota diciendo que me había levantado temprano para ir a correr y que seguramente pasaría por casa de Cassie. No puede evitar entonces mirar la foto que hay encima de mi escritorio: soy yo con tres años sobre la barra de equilibrios; mi padre me sujeta con orgullo.

Quizá no debía contárselo a los otros, puesto que ya habíamos tomado la decisión de aceptar la oferta del ellimista y dejar que nos llevara a un lugar en el que ya no tendríamos que luchar ni tomar decisiones difíciles. Si ahora les confiara mis sospechas...

De pronto volví a sentir un gran peso sobre los hombros. Una mezcla de incertidumbre, culpa y miedo.

—¿Qué pensarías de mí, papá —pregunté mirando la foto de mi padre, sin poder

evitar sonreír—, si abandonara cuando todavía queda una última esperanza?

A continuación, empecé a transformarme: mis brazos encogieron y mi piel se deshizo en cientos de esponjosas plumas que me impulsarían en silencio a través de la brisa nocturna. No tardé mucho en estar lista.

La luna brillaba alta y faltaba mucho para que despuntara el día. Era una noche perfecta para un búho, aunque apenas presté atención a la deliciosa presa que correteaba por el suelo mientras me dirigía hacia el bosque sin perder tiempo.

<¡Tobías! ¡Soy yo! ¡No te asustes, pero despierta!>

<¿Qué diablos...? ¿No te he dicho que cuando...?>

<¡Vamos!>, le apremié.

<Vamos... ¿a dónde?>

<Deja de protestar, confía en mí. Ya sé que no te gusta volar por la noche, pero tienes que acompañarme, rápido.>

<Rachel, ¿te has vuelto loca? ¿Te importaría decirme adónde vamos?>

<Vamos a convertirnos en mariposas, Tobías. Deprisa, vamos al granero de Cassie: tenemos que cambiar la historia.>

Extendió las alas e inició el vuelo a mi lado.

<Lo que tú digas, Rachel —refunfuñó Tobías—, pero ¿qué te hace pensar que...?>

>

<Sé dónde está, Tobías>, le interrumpí.

<¿Dónde está el qué?>

<Tobías, sé dónde está la kandrona.>

—Muy bien, son las cuatro menos cuarto de la mañana —protestó Marco— y he podido venir porque mi padre duerme como un tronco y no se entera de nada, ni siquiera ha oído mis gritos cuando un ratonero y un búho que se acababan de colar por la ventana me han despertado de golpe. Así que, si no es mucho pedir, ¿nos podrías explicar qué hacemos aquí a estas horas?

Todos mis amigos estaba allí. Jake tenía cara de sueño pero se mostraba impaciente. Cassie aprovechó para echarle un vistazo a los animales convalecientes. Ax permanecía inmóvil un poco apartado, a la espera de que Jake le dijera lo que tenía que hacer. Tobías se había posado en uno de los travesaños del techo, cansado después del largo trayecto.

Por toda luz teníamos una pequeña bombilla que no alcanzaba a alumbrar los rincones del granero. No queríamos arriesgarnos a que los padres de Cassie vieran la luz y se acercaran a ver qué pasaba.

—Os diré por qué estamos aquí —le respondía a Marco—. Creo que sé dónde está la kandrona.

Aunque había captado su atención, Marco seguía mostrándose escéptico.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—El ellingista. Él ha intentado por todos los medios que la veamos. Todos pensamos que fue muy injusto que apareciese en el estanque yeerk para que tomásemos una decisión justo cuando estábamos a punto de ser devorados, ¿verdad?

<Ya os lo dije, a los ellingistas les trae sin cuidado lo que es justo>, corroboró Ax.

—Te equivocas, Ax, esta vez te equivocas. El ellingista apareció cuando el taxxonita iba a comernos, pero si hacéis memoria, os daréis cuenta de que fue él quien nos enseñó el conducto.

—Lo vimos porque estaba allí —sostuvo Jake—, no porque él nos lo mostrara.

—¿Estás seguro? —le pregunté—. Si lo piensas bien verás que se aseguró de que lo habíamos visto antes de desaparecer.

Vi que Jake levantaba una ceja pensativo y después intercambiaba una mirada con Marco.

—¿qué pasaría si en realidad el ellingista tratara de ayudarnos? —insistí—. ¿Y si al final resulta que Cassie tiene razón y el ellingista no intenta engañarnos? Él nos muestra el futuro, un futuro en el que nosotros perdemos la batalla y la raza humana es esclavizada por los yeerks. Nos ofrece una salida en la que sólo se salvarían unos pocos. ¿Y si todo eso es cierto?

—Pero, si él estuviera diciendo la verdad, es decir, que seremos derrotados, en ese caso dará igual lo que hagamos: todos nuestros esfuerzos serán inútiles —refutó Marco.

—Al contrario —le contradije—, claro que importa. Si no importara, ¿por qué se habría molestado en preguntarnos qué queríamos hacer? ¿No lo entendéis? Lo que hagamos importa mucho.

—Ya —replicó Marco—, pero la respuesta sólo puede ser una. La única manera que tenemos de cambiar el futuro es aceptando la oferta del ellimista.

—Bueno, ésa es una posibilidad que él nos ha ofrecido, pero cuando nosotros aceptamos, él no actuó, no ocurrió nada, ni fuimos trasladados a otro planeta, ni él dio señales de vida. La pregunta es: ¿por qué ha permitido que sigamos aquí después de haber aceptado su oferta?

—Porque esperaba otra respuesta —contestó Cassie guiñándome un ojo y asintiendo—. Le he estado dando vueltas a este asunto.

—¿Qué otra respuesta podía esperar? —preguntó Marco.

—No tiene salida —explicó Cassie—, el ellimista está atrapado. Quiere salvar la Tierra, pero no le es posible interferir directamente. En teoría sólo puede llevarse a unos pocos, pero él es consciente de que eso no será suficiente para salvar el planeta. Sí, liberaría a un puñado de humanos, pero cuando nos enseñó aquellas imágenes de la Tierra, no se refería exclusivamente a los humanos. Dijo que la Tierra era una obra de arte, y por eso intenta buscar un modo de salvarla.

—Sin interferir directamente —repetí—. Pero, ¿y si el ellimista tuviera la suerte de que nosotros descubriéramos por casualidad una solución? ¿Y si el ellimista nos enseña el futuro para convencernos de que debemos aceptar su oferta y a la vez nosotros encontramos por casualidad una salida?

—¿Qué salida? —preguntó Jake.

—La kandrona. El ellimista nos ha enseñado dónde se encuentra la kandrona —contesté—. La clave es el estanque yeerk del centro de la ciudad. ¿Por qué construirlo ahí precisamente? ¿Por qué iban a molestarse en derrumbar tantos edificios del centro para hacerle sitio? ¿Por qué la Torre EGS sigue todavía en pie? Y lo más importante, ¿por qué hay una cúpula de cristal coronando la última planta de la torre? Ya lo dijo Ax, el estanque es el centro de sus vidas. Estoy convencida de que ese estanque es una especie de santuario, un lugar sagrado para los yeerks porque es ahí donde establecieron la primera kandrona de la Tierra.

—¡La Torre EGS! —exclamó Jake chasqueando los dedos.

—Así que debajo de esa cúpula está la kandrona, eso era lo que el ellimista quería que viéramos, de la misma manera que nos enseñó el conducto por el que escapamos. En teoría no estaba interfiriendo. La elección seguía siendo nuestra.

—¿Quieres decir que el ellimista está en cierto modo desobedeciendo las normas? —inquirió Marco tras soltar una carcajada—. De esa manera puede decir que él no ha interferido y al mismo tiempo nos echa un cable. ¡No me lo puedo creer! ¡Vaya listo! Ha encontrado la forma de ayudarnos sin romper las reglas. Empieza a caerme bien

ese tipo.

—De todos modos, aunque tengas razón en lo de la kandrona, Rachel —objetó Jake—, ¿de qué serviría destruirla? ¿Crees que el futuro sería diferente a como lo vimos?

—Puede que sí y puede que no —replicó Cassie al tiempo que me miraba y sonreía—. Verás, las cosas están relacionadas de mil maneras distintas. Se dice que el simple aleteo de una mariposa en China puede provocar un tornado en América.

<Ya —añadió Tobías—, pero ¿cómo sabe una mariposa cuándo alzar el vuelo?>

—No lo sabe —le contesté—, supongo que simplemente echa a volar y mueve las alas lo mejor que puede con la esperanza de que funcione. Es una mariposa y todo lo que hace es comportarse como lo que es.

—¿Y nosotros qué hacemos, Xena, princesa guerrera? —se burló Marco que ya se imaginaba mi respuesta.

—Machacar a los yeerks —respondí con una sonrisa.

A las cinco y diez de la mañana apenas se veía luz en las ventanas de la torre EGS. Desde la plaza envuelta en sombras situada delante del edificio divisábamos al guardia medio adormilado que vigilaba el vestíbulo.

—Ahí dentro hay docenas de empresas y bufés de abogados —advirtió Jake—. La mayoría es probablemente gente normal. Por suerte, a estas horas no hay casi nadie, a excepción del guardia, claro, que también es una persona normal y corriente.

—¿Cómo lo hacemos para entrar sin tener que hacerle daño? —preguntó Cassie.

En ese momento, en el oscuro cielo nocturno apareció Tobías que volvía después de inspeccionar la zona.

<No he visto nada que valga la pena por las ventanas de allá arriba —anunció—. ¡Qué mala pata que la cúpula de cristal sólo exista en el futuro! Sin embargo, hay algo allá arriba que despide calor, porque al situarme justo encima del edificio, noté una corriente de aire caliente ascendente.>

—Venga, vamos —indiqué mientras comenzaba a transformarme en oso.

—De acuerdo, pero no te ensañes con nadie —me advirtió Jake—. Tobías, ya sé que estás cansado, pero ¿puedes elevarte y vigilar la zona mientras nos transformamos?

<Claro, Jake>, sacudió las alas varias veces hasta que de forma gradual fue ganando altura.

—Esas puertas estarán cerradas con llave, seguro —señaló Cassie.

—No por mucho tiempo —sentenció.

Ax también empezó a transformarse, sólo que él volvía a su estado natural de andalita.

Los ojos de Jake relucían al tiempo que su cuerpo se alargaba y cubría de un pelaje anaranjado a rayas negras.

Cassie ya estaba a cuatro patas, su piel empezaba a quedar oculta bajo un pelaje áspero y gris, particularmente espeso en la zona de los hombros. Su boca se proyectó hacia delante hasta componer un hocico de lobo.

<¡Cuidado! Se acerca un hombre por detrás —avisó Tobías—. Creo que va borracho. Lleva una botella en la mano, si fuera de día podría leer la etiqueta. El pobre camina haciendo esos.>

<No paréis —ordenó Jake—. Cassie, ¿podrás deshacerte de él?>

Cassie no lo dudó un momento y desapareció en la oscuridad, ya del todo transformada. Lo siguiente que oímos fue: «¡Grrrr, grrrr, grrRRRR!». Y a continuación, «Pero, ¡no! ¡Fuera!». Después el ruido de una botella al estrellarse contra el suelo y el de alguien corriendo como si le persiguiera el diablo.

Cuando Cassie volvió ya casi habíamos terminado.

<Ha decidido cambiar de dirección>, informó Cassie.

<Muy bien, vamos allá>, ordené. Me había convertido en oso y me sentía invulnerable.

<Un momento, ¿qué os parece si primero lo intenta Marco?>, sugirió Jake.

Mientras todos los demás permanecíamos al acecho en la oscuridad, Marco, convertido en un enorme y poderoso gorila, avanzó hasta la puerta de cristal apoyando los nudillos en el suelo al caminar. Cuando llegó, se irguió sobre sus patas traseras y golpeó el cristal de la puerta con uno de sus gigantescos dedos.

El guardia dio un respingo en su silla, se levantó y se acercó a la puerta con mucho sigilo. A continuación desenfundó su arma.

—¡Vamos, lárgate! —amenazó el guardia.

<Hola —le saludó Marco por telepatía—, vengo de una fiesta de disfraces, y busco a Visser Tres.>

—¡Andalita! —exclamó el guardia abriendo unos ojos como platos.

<Vaya, así que eres un controlador. Estupendo, eso lo hace todo más fácil.>

No había acabado la frase aún cuando Marco, de un puñetazo, atravesó el grueso cristal de la puerta y, sin detenerse, le golpeó al guardia en la barbilla. El hombre se desplomó con la pistola en la mano.

<Ahora, ¡moveos!>, gritó Jake.

Acabé de destrozar la puerta de cristal para despejar el camino. Intenté ir con cuidado, pero en realidad no me importaba demasiado si me cortaba. Miles de fragmentos de cristal se esparcieron por todo el vestíbulo.

Cassie, Ax y Jake saltaron por encima de los cristales. Mi primo fue directamente hasta el ascensor.

<Quizás haya una alarma, tenemos que darnos prisa>, indicó Jake.

<No podemos subir todos por el ascensor. No cabemos>, advirtió Marco.

<Vamos al montacargas, ahí sí que cabremos —señaló Jake—. Hay que subir hasta la última planta.>

Jake, Marco y yo, como éramos los más fuertes, fuimos los primeros en subir. Cassie y Ax lo harían después de nosotros y mientras tanto vigilarían la planta baja.

Nos apretujamos todo lo que pudimos en el reducido espacio del montacargas. No fue nada fácil, pero al final nos las apañamos.

<¿Puedes darle al botón? Yo no puedo, desde luego>, me dijo Jake al tiempo que me enseñaba una de sus enormes zarpas.

No fue fácil. Las zarpas de los osos tampoco son muy delicadas que digamos, pero después de situar estratégicamente una de mis garras, alcancé a darle al botón del último piso.

Las puertas se cerraron y ascendimos a gran velocidad. En una de las paredes figuraba un certificado de seguridad. Me acerqué para ver qué decía y lo leí en voz

alta:

<Aquí dice que la carga máxima es de veinte personas.>

<¿Cuánto es eso en osos, tigres y gorilas?>

Parecía que no llegábamos nunca: veintiuno, veintidós, veintitrés...

<Bueno, ¿habéis visto alguna película buena hace poco?>, preguntó Jake.

<Yo quiero ir a ver la última de Keanu Reeves>, le contesté.

<Claro, porque es guapo, ¿no?>

<Ja, ja —repliqué—. Me pregunto si Keanu Reeves saldría con una chica como yo. No creo que muchos se atrevieran a salir con un oso.>

De repente reparé en que incluso sonaba música en aquel ascensor.

<Preparaos>, advirtió Jake.

<Preparados.>

<Última planta, zapatería de señoras y tiendas infantiles. Vayan saliendo, por favor>, anunció Marco imitando el tono de un ascensorista.

El montacargas se detuvo y las puertas se abrieron. En ese momento, tres humanos y dos hork-bajir se precipitaron hacia nosotros.

—¡Gggrrrrroooooaaauuuurrrr! —rugió Jake con una potencia capaz de agrietar el hormigón de los muros.

—¡Gggrrrrroooooaaauuuurrrr! —le secundé yo con mi voz de oso, mucho más grave.

Embestí como un toro furioso al hork-bajir que tenía más cerca, y de camino pisoteé a uno de los humanos, que se desplomó en el suelo con un ruido sordo. Me lancé contra el hork-bajir a la carrera, lo levanté y lo empotré en la pared del fondo.

Seguía vivo pero se le quitaron las ganas de ir a ningún sitio.

Jake se ocupó de los otros dos hork-bajir que, tras varios zarpazos, cayeron al suelo inconscientes. Los humanos huyeron despavoridos.

<Estoy herido>, anunció Jake.

<¿Es grave?>

<No tiene muy buena pinta —contestó Jake—, pero creo que podré aguantar.>

Justo entonces la puerta del montacargas se abrió y aparecieron Ax y Cassie.

<Ya era hora —protesté—. Hemos tenido que hacer los honores al comité de bienvenida.>

<Lo siento, Ax se equivocó de botón y nos mandó a otra planta —explicó Cassie mirando a los dos hork-bajir—. Y pensar que hay más de éstos vigilando la kandrona y... ¡Jake! ¡Estás sangrando!>, exclamó Cassie.

<Estoy bien. Los controladores humanos han escapado por ese pasillo —explicó Jake—. Vamos, todavía no hemos ganado esta batalla.>

Echamos a correr. Mis garras se clavaban en la alfombra.

No veía muy bien, sin embargo olía la adrenalina desprendida por los

controladores que habían huido atemorizados. Sabía exactamente dónde se encontraban. Me llegaba su olor. Me habían amenazado y eso les iba a costar muy caro.

<Cuidado, Rachel —me avisó Cassie—, hay una puerta delante de ti.>

<¿Una puerta? ¡Tonterías!>, exclamé. Acto seguido, mis cuatrocientos kilos se abalanzaron contra la puerta de metal que saltó como si tuviera muelles.

En el interior de la sala nos esperaban ocho hork-bajir, ocho picadoras de carne. Ocho contra cinco. Era imposible ganar.

Una persona razonable, al ver las pocas probabilidades que tenía de salir airosa, se hubiese dado media vuelta, pero yo arremetí contra ellos sin dudarle un momento.

Después mis amigos me felicitaron por haber sido tan valiente, pero ¿queréis saber la verdad? Lo que ocurrió fue que, como veía borroso, los confundí con humanos. Ya he dicho antes que los osos no ven muy bien.

No fue una cuestión de valentía, sino que simplemente no veía tres en un burro.

<¡Rachel!, gritó Cassie para avisarme.>

<Ya no podemos volvernos atrás —observó Jake—. ¡Al ataque!>

Me di cuenta de que las ocho figuras borrosas eran hork-bajir cuando me encontraba a menos de un metro del primero al que embestí, pero para entonces ya era demasiado tarde.

—¡Matad a los andalitas *gaffnur*! —ordenó uno de los hork-bajir en una extraña mezcla de lenguas, como es típico en ellos—. ¡Matad al andalita *fraghent halaf*, matadlos a todos!

De pronto sentí un pinchazo en el hombro: el maldito hork-bajir me había herido. Levanté una de mis zarpas y le asesté un terrible golpe en la cabeza que le hizo desplomarse, pero en su caída consiguió alcanzarme de nuevo, esta vez con uno de sus enormes pies de dinosaurio.

<¡Aaaaarrgghhhh!>

A partir de ese momento, lo recuerdo todo como una pesadilla de terribles imágenes que flotaban en nebulosa.

Vi a Cassie hincar sus afilados colmillos en la garganta de un hork-bajir.

Ax azotaba y cortaba y volvía a azotar con su cola mortal como si se tratara de un látigo, hasta que uno de los hork-bajir empezó a gritar sujetándose el brazo sesgado.

Jake y un hork-bajir rodaron por el suelo en un abrazo mortal, sin dejar de propinarse zarpazos y cuchilladas a una velocidad vertiginosa.

Marco luchaba con una mano mientras con la otra se sujetaba el estómago en donde le habían propinado un buen corte.

La sala era un caos de alaridos, rugidos y gruñidos.

<¡Cuidado! ¡Rachel, por detrás!>

—¡Muere, *gaferach*, muere!

—¡Ggggrrrrroooooaaaauuuurrrr!

<¡Socorro! ¡Lo tengo encima!>

<¡Aaaaarrgggg!>

Era imposible determinar quién iba ganando, ni tan siquiera quién estaba herido.

Todo se resumía en un tremendo grito de furia incesante. Hork-bajir contra animorphs, extraterrestres contra animales; cinco criaturas de carne y hueso contra ocho monstruos, que más parecían picadoras de carne, enzarzados en una lucha a muerte.

Empezaba a sentir cómo el oso se debilitaba progresivamente a consecuencia de las continuas cuchilladas que le asestaban los hork-bajir. Perdía cada vez más sangre, mi mente humana era consciente de eso, y también de que me estaban abandonando las pocas fuerzas que aún me quedaban.

Ataqué de nuevo al hork-bajir y le golpeé en el estómago. En el impulso, me lo llevé por delante, a pesar de que él me clavaba sus cuchillas salvajemente.

¡CRAAAAASSSHHHH!, lo empotré contra un cristal, que estalló en mil pedazos. Resultó ser una ventana por la que acababa de arrojar al monstruo.

¡AAAAAAaaaaarrrrrrggg!, el grito del hork-bajir precipitándose al vacío resonó en toda la sala.

En ese instante, y aprovechando el hueco de la ventana rota, entró Tobías de forma inesperada y, tras emitir un silbido ensordecedor, extendió sus garras y se lanzó contra un hork-bajir con tal fiereza que le sacó los ojos.

Las cosas habían cambiado y todo apuntaba a que les llevábamos ventaja.

Quizá fuera el grito desesperado de uno de sus compañeros al caer desde una altura de sesenta pisos, o tal vez la llegada de Tobías, el caso es que los que quedaban se dieron a la fuga, es decir, huyeron tres, porque los demás no estaban por ningún sitio.

Marco agarró la puerta que yo había desencajado y la colocó en su sitio y ya, con las últimas fuerzas que le quedaban, empujó una mesa hasta la puerta para bloquearla.

<Me duele mucho —confesó Marco—, voy a transformarme.>

<Adelante —dijo Jake—, transformaos todos.>

<Yo estoy bien>, repuse débilmente.

<Rachel —me llamo Tobías—, mira tu brazo izquierdo.>

Observé atontada mi zarpa izquierda y, para mi sorpresa, no había ni rastro de ella, tan sólo quedaba un muñón.

<Me estoy transformando>, anuncié.

A continuación me concentré en mi cuerpo humano, más débil pero sano.

Por suerte, las mutaciones se realizan a través del ADN y éste no se ve afectado por las heridas, así que, cuando cambias de forma, tu cuerpo está intacto, aunque exhausto.

Cuando empecé a recuperar mi cuerpo humano estaba tan agotada que por un momento pensé que me desmayaba.

Entonces me fijé en el escenario de la batalla, o mejor dicho, de la carnicería.

Los cuerpos de los hork-bajir aparecían desperdigados por el suelo y, aunque la mayoría todavía respiraba, ninguno conservaba la consciencia. Además, todos ellos sangraban a causa de las mordeduras y zarpazos que tenían por todo el cuerpo.

Por desgracia para los hork-bajir, ellos no podían adoptar un cuerpo diferente y librarse de las heridas.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Jake. Por su tono de voz parecía tan cansado como yo.

—Sí, pero esta vez hemos estado muy cerca —contestó Cassie.

Nos hallábamos en una oficina muy espaciosa, podía verlo con mis propios ojos.

De las mesas sólo quedaban astillas, la alfombra estaba hecha trizas y las paredes destrozadas.

Las ventanas, que ocupaban una pared entera desde el suelo hasta el techo, se habían roto en mil pedazos. Me estremecí al pensar en el hork-bajir precipitándose al vacío.

En una de las paredes descubrimos una puerta.

—¿Por ahí? —sugirió Marco.

—Probemos —contesté y me dirigí con paso tambaleante hacia ella. Estaba abierta.

Entramos en una sala vacía, con suelo de baldosas y paredes blancas.

Las ventanas estaban cubiertas por unas cortinas muy pesadas. Como ya he dicho, no había nada en la habitación, a excepción de una gigantesca plataforma que se alzaba en el centro de la sala. Era un pedestal metálico, a menos de un metro del suelo, y de unos tres metros de largo.

En lo alto del pedestal había una especie de máquina del tamaño de un coche pequeño y forma cilíndrica achatada por los extremos.

Relucía como el acero recién pulido y emitía un murmullo leve y sordo. Al acercarme, sentí que el vello se me erizaba por la electricidad estática. Hacía mucho calor en aquella sala, y despedía el mismo olor que los rayos de una tormenta.

<La kandrona>, anunció Ax.

—La kandrona —repetí.

Durante un minuto entero permanecemos allí, de pie, mirando embobados.

—Rachel —dijo Jake por fin—, tienes que transformarte otra vez. ¿Te quedan todavía fuerzas?

—¿Elefante? —pregunté asintiendo.

—Sí, elefante. No se me ocurre otro modo de hacerlo. No disponemos de herramientas.

Me transformé en elefante. Tobías salió al exterior del edificio para asegurarse de que no hubiera peatones circulando por las oscuras aceras.

Tuve que emplear toda la fuerza del animal para mover aquello y, por fin, la kandrona cedió un poco. Muy lentamente y a trompicones, pero se movía. Atravesé la sala y cuando llegué a la ventana la empujé con todas mis fuerzas.

Cayó al vacío desde la última planta del edificio para estrellarse contra el asfalto.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamé tras recuperar mi cuerpo humano—, ¡hemos destruido la kandrona!

—¡Larguémonos de aquí cuanto antes! —ordenó Jake—. Los yeerks lo averiguarán enseguida y para cuando nos queramos dar cuenta, ya los tendremos aquí.

—Bueno y ¿ahora qué? —preguntó Marco—. Sí, lo hemos conseguido, pero ¿qué va a pasar ahora? ¿Hemos cambiado el futuro?

TODA ACCIÓN CAMBIA EL FUTURO.

—Ya sabía yo que tarde o temprano aparecería el tipo este —refunfuñé.

OTRA KANDRONA SUSTITUIRÁ A ÉSTA DENTRO DE TRES SEMANAS DE LAS VUETRAS. YA ESTABA EN CAMINO.

—¿Nos estás diciendo que todo ha sido inútil? —preguntó Marco.

<No, Marco, no ha sido inútil —corrigió Ax—. Piensa que durante tres semanas sólo dispondrán de la kandrona que guardan en la nave nodriza. Eso les va a ocasionar mucho sufrimiento, te lo aseguro y, lo que es mejor, retrasará sus planes. Muchos yeerks morirán. Tres semanas es mucho.>

—¿Quieres decir tres semanas de las nuestras? —bromeó Marco.

—¿Será esto suficiente? —preguntó Jake a gritos—. ¿Será suficiente? ¿Hemos cambiado el futuro?

Pero no obtuvo respuesta alguna, tan sólo silencio.

—No creo que lo sepa —intervine—. Nos mostró un futuro posible, pero ¿sabéis una cosa? No creo que el ellimista sepa más que nosotros sobre el futuro.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque dondequiera que viva el ellimista, haga lo que haga, juegue a lo que juegue, por muy poderoso que sea, también hay mariposas —contesté tras soltar una carcajada.

Entonces ocurrió algo asombroso, nos vimos envueltos por una risa que surgía de nuestro interior y que nos obligaba a sonreír, invadidos de pronto por una gran energía y completamente recuperados de nuestro agotamiento.

JA, JA, JA, JA, COMO OS DIJE, SOIS UNA RAZA PRIMITIVA PERO CON CAPACIDAD PARA APRENDER.

—Vamos chicos —sugerí—, ¿os quedan fuerzas para transformaros otra vez? Me apetece volar.

Al principio no percibimos ningún indicio de sufrimiento entre los yeerks. No sé cómo lo hicieron, pero el caso es que lograron sobrevivir. No fue hasta mucho más tarde cuando nos dimos cuenta del enorme daño que les habíamos ocasionado.

Pero eso forma parte de otra historia.

Dos días después tomé el autobús para ir a casa de mi padre. Sabía que lo encontraría haciendo las maletas.

—Hola, Rachel —saludó al abrir la puerta—. No estaba muy seguro de que fueras a venir.

—No iba a dejar que hicieras las maletas tú sólo, eres un desastre —repliqué encogiéndome de hombros.

—Gracias —dijo esbozando una sonrisa triste.

—Bah, ya ves.

—De haberlo sabido habría ido a recogerte —añadió—. Cielo —continuó mi padre—, ya sabes que, si cambias de idea, puedes venirte a vivir conmigo cuando quieras.

—Ya lo sé, papá —contesté.

—Te voy a echar mucho de menos —esbozó una sonrisa melancólica—. Aunque aprovecharé cualquier oportunidad que se presente para venir a veros.

—Ya lo sé, papá —dije. Le di un beso en la mejilla. Entonces, mi padre me acarició el pelo y yo no pude contener las lágrimas.

Cerré la maleta con la cremallera.

—¿Te las arreglarás bien sin mí, cielo? —preguntó.

—Sí, puedo cuidar de mí misma yo solita —contesté secándome las lágrimas.

Nos subimos al ascensor y descendimos a la planta baja donde un taxi le esperaba.

—Acompáñame al aeropuerto y después el taxi te llevará a casa.

—No —hice un gesto negativo con la cabeza—, tengo cosas que hacer.

—Lo entiendo —dijo sonriendo—, seguro que tú y tus amigos tenéis algo muy importante entre manos —intentaba bromear.

—Exacto —añadí—, tenemos que salvar el mundo.

—Si hay alguien que pueda hacerlo, ésa eres tú, cielo —afirmó mi padre sonriendo.

Luego el taxi arrancó.

Miré hacia el cielo.

Allá arriba un ratonero solitario planeaba describiendo círculos en el aire.

<¿Vienes, Rachel?>, me preguntó Tobías por telepatía.

Asentí para que me entendiera. Sí, claro que sí.



KATHERINE ALICE APPLGATE. (Michigan, 19 de Julio de 1956) Es una autora americana bien conocida por sus exitosas sagas *Animorphs*, *Remnants* y *Everworld* entre otras sagas, si bien algunos de los libros de dichas series fueron coescritos por autores fantasma.

Ganó el *Best New Children's Book Series Award* de la revista *Publishers Weekly* en 1997, y su libro *Home of the Brave* le ha brindado dos premios más. Para más información, visita su web personal en <http://www.katherineapplegate.com/>.